

## RESEÑAS

Josefina Piana de Cuestas, *LOS INDÍGENAS DE CÓRDOBA BAJO EL RÉGIMEN COLONIAL (1570-1620)*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1992, 362 páginas.

En algunas ocasiones la aparición de un libro tiene valor en sí misma y el de Josefina Piana puede ser una de ellas. La cuidadosa reconstrucción del proceso formativo de la sociedad colonial en Córdoba ha sido un desafío y al afrontarlo la autora ha realizado una muy importante contribución al conocimiento de nuestra historia colonial temprana. En la primera parte se presenta un cuadro de la situación preconquista que resulta bastante más que una introducción pues son decisivos en el desarrollo posterior del texto dada la perspectiva desde la que es mirada la formación de la primera sociedad colonial. En los cuatro capítulos siguientes (la segunda parte) se analizan el proceso de conquista, el establecimiento de las relaciones interétnicas iniciales y se definen los rasgos básicos de la encomienda cordobesa. Los tres siguientes (la tercera parte y su núcleo fundamental) se ocupan del estudio pormenorizado de esta institución. La cuarta y última parte contiene el análisis de las consecuencias para el área de la gestión del visitador Alfaro a lo cual siguen las conclusiones. El libro se completa con una amplia bibliografía y dos interesantes apéndices: una aproximación a la construcción de una serie de fenómenos climáticos del período y un mapa con la toponimia de los asentamientos indígenas.

Una obra de estas características no puede leerse al margen de las tradiciones y de los estudios previos que la preceden. Desde esta perspectiva constituye un aporte de indudable valía y, por lo mismo, hubiera sido deseable encontrar una presentación más sistemática del estado anterior de los conocimientos pues su ausencia termina por deslucir las contribuciones que se realizan apoyadas en un uso inteligente de las fuentes documentales éditas y un amplio y cuidadoso rastreo de archivo. Sin duda, la etnohistoria argentina cuenta ahora con una obra de referencia inevitable aunque ella no se inscriba plenamente en él. Su mirada sobre la primera Córdoba colonial está signada por la influencia de dos importantes tradiciones: aquella fecunda asentada en los estudios de Garzón Maceda y Assadourian, que han dado perfil y relevancia propia a la historia colonial cordobesa y aquella otra constituida por los estudios andinos.

Convergencias e integraciones de este tenor son, por cierto, estimulantes pero no resultan sencillas. Es probable que allí encuentren origen algunas las pistas más sugerentes que se han transitado como algunas disparidades que presenta el texto. Por ejemplo, ello se pone de mani-

fiesto en el uso de la comparación dado que el proceso de formación de la sociedad colonial andina opera como referente clave en todo el desarrollo. Esta referencia es tan inevitable como fértil pero si se considera uno de sus argumentos centrales y uno de los aportes más relevantes que realiza, la primacía y perpetuación del servicio personal indígena, cabe señalar que el texto hubiera ganado con otros referentes comparativos, especialmente del mismo espacio rioplatense. Del mismo modo, la estrecha relación observada entre encomienda y apropiación del suelo, o entre ella y ruptura de las estructuras indígenas previas, hubieran adquirido mayor relieve si excedieran el hecho de registrar ciertas coincidencias y divergencias historiográficas. Una obra que intenta apoyarse en tal variedad de vertientes y que retoma un tema y un período "clásicos" ganaría identificando el o los interlocutores con los que de un modo u otro viene a discutir aunque, cierto es, la estrategia expositiva adoptada no obligue a hacerlo. Esta impronta andina es muy manifiesta en un aspecto: ya en las páginas iniciales la autora reconoce que "a pesar de haber buscado con insistencia las continuidades indígenas en la vida colonial, casi imperceptiblemente hemos centrado nuestro análisis en las rupturas" (p.12). Tal reconocimiento —y conclusión reiteradamente enfatizada— refiere al eje argumental que ha guiado su paciente intento de reconstrucción de estrategias adaptativas y formas de acción y resistencia social indígena. Tanto énfasis quizás no ha permitido desarrollar más plenamente otro proceso menos evidente y de observación inevitablemente limitado y que sólo analíticamente es distinguible de aquél: el mestizaje. Si bien la autora muestra la dificultad y los límites que presenta su abordaje con las fuentes disponibles y es consciente de su significación, una consideración del mismo más cultural hubiera permitido avanzar en este sentido; por ejemplo, el reconocimiento realizado de la rápida y generalizada hispanización del proceso social de producción rural, de la tardía adquisición de un estatuto legal diferenciado o de las formas que adoptó la mediación y el control social unidas al servicio personal —todos ellos consistentes y significativos aportes—, hubieran posibilitado dar cuenta de un fenómeno clave de esta sociedad del cual el mestizaje es parte constitutiva: la formación del campesinado cordobés.

En la construcción del libro se recurre a un "criterio histórico-cronológico" tratando de establecer "etapas sucesivas"; así se presenta una detallada exposición de los mecanismos y procesos básicos de la implantación del orden colonial. Pero quizás no ha sido el camino más aconsejable para alcanzar otra pretensión: las "explicaciones funcionales o estructurales" aconsejarían perspectivas temporales más abarcadoras y otro modo de presentación del material. Por otro lado, haber recurrido a la "descripción amplia de la sociedad" ha sido un recurso conveniente para dar cuenta de una variedad de aspectos a los que tiene que referir una obra que tiene escasos precedentes; pero tal descripción no alcanza cabalmente para dar cuenta de la "frecuencia de los comportamientos", de la identificación de tipos de prácticas sociales representativas y, sobre todo, difícilmente permitan acceder a aquel tipo de explicaciones buscadas.

Se trata pues, del abordaje de una de las fases más "clásicas" de la historia americanista aunque aquí el estudio se ocupe de un área menos conocida, de un decisivo aporte al conocimiento de uno de los ámbitos regionales que luego se integrarían en nuestro país. La prolija reconstrucción de sus primeros tiempos coloniales que en esta oportunidad Piana nos ofrece es, de suyo, una invitación a seguir indagando.

RAÚL FRADKIN  
UNLU-UNMDP

Ruggiero Romano; COYUNTURAS OPUESTAS. LA CRISIS DEL SIGLO XVII EN EUROPA E HISPANOAMÉRICA; México, Fondo de Cultura Económica - El Colegio de México Fideicomiso Historia de las Américas, 1993, 176 páginas.

Como el propio autor se encarga de hacernos saber, éste es un libro de síntesis de más de treinta años de apasionarse "por la interpretación de una época decisiva más conocida con el calificativo de 'crisis del siglo XVII'" (p. 13). Al realizar una primera lectura del texto creí comprender que esa declaración encubre otra intención: reunir en torno a aquella crisis a la mayoría de sus temáticas preferidas y presentar, a través del enfoque de las contracoyunturas, sus conclusiones sobre muy variados aspectos de las historias europea e hispanoamericana.

Para presentar sus ideas Romano elige seguir el camino de analizar las coyunturas económicas europea y americana, constituyendo esta búsqueda el hilo conductor del libro. Esto le sirve de aglutinante de los distintos elementos de que se compone cada análisis particular y a las dos partes en que está dividido cada capítulo.

Así, a lo largo de los cuatro capítulos ("El número de hombres", "El mundo de la producción", "Metales y monedas, precios y salarios" y unas "Consideraciones sobre el comercio") se nos presentan los elementos que al final de cada uno de ellos y en las "consideraciones finales" le permitirán concluir que existieron coyunturas opuestas en Europa y América durante el siglo XVII y presentar un cuadro recapitulativo (p. 166) para ilustrar que en cuanto a la población en general y agrícola en particular, a la ocupación del suelo y a los precios agrícolas mientras que la coyuntura fue netamente negativa en Europa, la América hispana presenta signos positivos. Los precios industriales, la circulación de la moneda, el comercio interno y la producción industrial y minera presentan en Europa a lo sumo indicadores que se nivelarían con los hispanoamericanos, pero que en general la tendencia favorecería a estos últimos. Finalmente, en un solo caso la coyuntura favoreció a Europa (los salarios) y en otro, el comercio intercontinental, ambas presentan signos positivos.

Los análisis particulares que le permiten llegar a estas conclusiones se basan fundamentalmente en el conocimiento profundo que Romano tiene de la producción historiográfica. Probablemente esto encierre un aspecto que, si bien no me atrevo a calificar de negativo (alguien tiene que realizar las obras de síntesis que todos sabemos son nuevos puntos de partida), puede representar el flanco más débil del libro ya que, en ciertos momentos, tengo la sensación de que Romano anticipa el momento de realizar una síntesis, dada la inexistencia de una mayor cantidad de trabajos puntuales que le permitirían basar sus conclusiones sobre bases más sólidas. Esto lo siento particularmente para algunas de sus demostraciones relativas al ámbito hispanoamericano o en todo caso, se puede decir que la mayor existencia de datos para Europa le permite ser mucho más afirmativo y concluyente. Por ejemplo, al analizar los puntos relativos a la agricultura y población en Europa, la gran cantidad de estudios que tiene a mano le permite realizar afirmaciones contundentes, la falta de datos para cada uno de los elementos del conjunto hispanoamericano debilita sus afirmaciones, máxime si tenemos en cuenta el valor capital que asigna a estos dos elementos para la medición de la vida económica de las sociedades preindustriales. Lo mismo sucede, y de manera más evidente, con el resto de las variables que utiliza para la evaluación del "mundo de la producción". Por el contrario, el *dossier* consagrado al comercio, uno de los temas hispanoamericanos más estudiados (al menos el comercio *exterior*), aparece como el más sólido, pero el menos importante desde la óptica del autor.

De un modo más general, Europa aparece analizada en el detalle de sus variaciones regionales, y hasta "nacionales", lo que le posibilita, por ejemplo, marcar a cada paso la excepcionalidad que representan Inglaterra y Holanda dentro del contexto de una Europa en crisis y subrayar en qué consiste dicha excepcionalidad de signo diferente en cada caso y los alcances a largo plazo de la singularidad inglesa. Hispanoamérica no logra escapar a la irreal masificación que presupone la generalización a partir de los estudios existentes sobre determinados temas para uno u otro espacio colonial. Probablemente la pregunta pertinente sería si existe o si existió en algún momento algo llamado Hispanoamérica como algo más que como elemento de un conjunto lingüístico (y hasta esto presenta dudas si tenemos en cuenta los debates que genera la idea de latinidad) o averiguar hasta qué punto el hecho de que los actuales territorios hispanohablantes del continente americano hayan sido colonizados por España actúa como elemento galvanizador; territorios demasiado extensos, con culturas precolombinas diferentes, lo mismo que las condiciones ecológicas y las líneas de desarrollo que en cada lugar siguió la sociedad producto de la conquista, más allá de los intencionalidades unificadoras de, por ejemplo, la legislación real. Ciertamente, en numerosos casos existe la posibilidad de establecer paralelismos, y de hecho se hace y de manera ejemplar, pero también recuerdo que las paralelas son líneas o planos equidistantes entre sí y que por más que se prolonguen hasta el infinito no pueden encontrarse. Pero este no es un tema para intentar desarrollar aquí, más aún cuando Romano no lo aborda en este libro.

Volviendo al objeto de esta reseña, vemos que el tema del libro no se agota en la búsqueda de los signos reveladores de la existencia —o no— de una crisis económica en Europa y América entre 1619-1621 y 1720-1740. Al acercarse a lo político, y si dejo de lado la ideas que Romano formula para Europa, creo entender que todo el libro fue concebido para fundamentar que en "el ámbito americano nos encontramos ante una consolidación del sistema y no ante un cuestionamiento del mismo. Todo el mundo, blanco o indio, parece tratar de encontrar su lugar en su interior; unos ocupan cargos administrativos; otros (los indios) encuentran, ..., la posibilidad de "desaparecer" administrativamente, lo cual era una manera como cualquier otra, aunque relativa, de encontrar la libertad. La preponderancia del criollo en el continente se va afianzando en diferentes formas por toda América. Por supuesto, esto no cambia el carácter profundo de la dominación, pero lo que quiero decir es que en el transcurso del siglo XVII, esta dominación no se cuestiona" (p. 166).

De esta manera, frente a un estado español "débil y rígido", asistimos durante el siglo XVII a un proceso de "americanización" progresiva de la América española". Americanización de la administración local (venalidad de los cargos, corrupción), de la elección de los interlocutores comerciales (difusión de las prácticas asociadas al 'comercio directo'), de la cultura (universidades e imprentas), de la religiosidad (puesta en marcha de la *alternativa* en la dirección de los conventos, surgimiento de manifestaciones religiosas americanas como el culto a la virgen de Guadalupe o la canonización de santa Rosa de Lima).

Todo ello lo lleva a reflexionar sobre la naturaleza de la Monarquía Universal Española ("no se trata de ningún 'imperio'", p. 154), el rol de América dentro de "las Españas" (la tendencia de la monarquía fue considerar a las Indias como "dependientes"...de Castilla. Y frente a esto, América siempre mostró tendencias centrífugas y tendencia a considerarse dotada de total autonomía", p. 155) y a concluir que, a pesar de que nadie se cuestiona la dominación, las provincias americanas responden a la crisis por la que atraviesa la Península desarrollando rasgos de "autonomía creciente" (p. 155), o más categóricamente: "Crisis española, entonces, pero es evidente que la crisis y el debilitamiento de la metrópoli sólo pueden provocar un re-

lajamiento del control ejercido sobre las colonias. La contracoynuntura americana nos refleja fundamentalmente esa independencia y esa liberación" (p. 149) Esta idea, compartida por muchos otros investigadores da pie a que, por ejemplo, Fernando Muro Romero, hable de una "emancipación informal"<sup>1</sup> o a que el "reformismo" de los borbones sea entendido como una "reconquista" de los territorios americanos.

Tal vez este punto de vista podría ser complementado, y matizado, con el que surge de algunos estudios —como por ejemplo los de François-Xavier Guerra—<sup>2</sup> en los que, estando centrado el interés en el proceso de disolución de la Monarquía Española desde 1808 en adelante, se preocupan entre otras cosas por determinar cuáles fueron las características de la Monarquía durante los siglos XV a XIX y la evolución del papel asignado a América dentro de ella, estudiando en forma conjunta la historia de las dos grandes Españas, peninsular y americana.

Si vistas desde Madrid "las Indias no eran colonias", al menos hasta bien avanzado el siglo XVIII y como efecto del avance absolutista de cuño francés dentro de la Monarquía Española, desde el punto de vista americano —punto de vista que Romano señala muchas veces se olvida de considerar—<sup>3</sup> nunca lo fueron y las respuestas a la crisis del siglo XVII español deberían ser entendidas dentro del marco de la concepción pactista de la Monarquía y de los márgenes de autonomía a los que con derecho se creen los pueblos, provincias y reinos que la conformaban, por lo que la "autonomía creciente" mencionada no debería dar pie a interpretaciones de corte independentista o el accionar Borbón, tanto en España como en América, sería más bien la culminación de un proceso de avasallamiento final de las autonomías tradicionales supervivientes, iniciado en la Península inmediatamente después de finalizada la Guerra de Sucesión y con la anulación de los fueros del Reino de Aragón y en América con el progresivo paso de su estatus de reinos a colonias que aún no reciben oficialmente ese nombre a fines del siglo XVIII.

Así, pues, entiendo que en este libro la "crisis del siglo XVII" es objeto y excusa. Objeto, ya que el autor formula hipótesis claras al respecto; por ejemplo, se muestra a favor de la idea de que la "generalidad" de la crisis no llega a abarcar a la América española, sino más bien lo contrario, dando pie al juego de contracoynunturas que propone. Excusa, porque las líneas argumentales que elige para llegar a sus conclusiones en torno a la crisis le dan la oportunidad de precisar posturas sobre muy variados temas, reunir sintetizados sus principales escritos de los últimos quince años sobre historia hispanoamericana y desparramar indicios que nos permiten hacernos una idea de su concepción de la historia y del oficio de historiador.

<sup>1</sup> Muro Romero, Fernando; "Administración y sociedad en la América española hasta 1750", en: Anino, A. *et al. América Latina dallo Stato coloniale allo Stato nazione*; Milán, Franco Angeli; 1987, 2 vols., vol. II, pp. 448-454.

<sup>2</sup> Guerra, François-Xavier; *Modernidad e Independencias. Ensayo sobre las revoluciones hispánicas*. Madrid, MAPFRE, 1992.

<sup>3</sup> Por ejemplo, en su artículo "Algunas consideraciones sobre los problemas del comercio en Hispanoamérica durante la época colonial", publicado en el n° 1, 3a. serie, 1° semestre de 1989 de este *Boletín* (pp. 23-49), centra su análisis en una inversión del punto de vista tradicional, focalizado sobre la llegada del *tesoro americano* a Europa, para analizar la cuestión desde la perspectiva del "americano que ve partir esos metales preciosos... Salvo rarísimas excepciones este comercio siempre ha sido visto a partir de Europa y en particular de España. Por lo tanto, [Sin embargo, *pourtant*, en el original en francés, FJ], el ángulo de observación elegido puede ser decisivo."

Un ejemplo de esto último estaría dado por el uso del término 'refeudalización' para identificar "un refuerzo de la presión de los señores sobre las clases subalternas" (p. 17) en la Europa occidental del siglo XVII. Otro ejemplo sería su manera de aplicar el término 'feudal' para identificar estructuras hispanoamericanas. Las polémicas que ello ha generado creo que nos permiten acercarnos a la manera de pensar de Romano y lo que identifico como una de sus características básicas en tanto que maestro: inducir a pensar y reformular constantemente los problemas con la intención, si sus consejos van dirigidos a un historiador hispanoamericano, de fomentar la elaboración de modelos interpretativos propios, basados antes que nada, en los hechos de nuestra historia.

Por otra parte, en varias ocasiones Romano ha defendido su derecho a denominar a su atajo las realidades que estudia y lanzado diatribas furibundas contra la existencia de "monopolios de las palabras" (en este texto el tema aparece en la p. 160 y en torno al uso de la palabra "feudal"). Si aceptamos el juego, en tanto nos diga qué quiere decir con los términos que emplea, ello no debería molestarnos. Por otra parte, esta tendencia de Romano a "nombrar" y a definir desde dónde nos habla tiene por resultado que sus textos sean extremadamente claros (y éste no escapa a la regla), ya que cualquiera sea el tema abordado, va precedido de una explicitación del punto de vista adoptado y precisiones en torno a la terminología empleada. Sigamos o no sus pareceres, es innegable la utilidad que ello reporta a la lectura y comprensión de lo que el autor quiere decir directa o indirectamente.

De modo más general, Romano parece explicar esta manera de actuar cuando escribía en 1983: "creo que un intelectual debe contribuir a la realización de tomas de conciencia; hacer conocer —en todos los niveles— cuál es el estado de avance del saber y contribuir a ese avance. Todo ello presupone una sola condición: ser libre. Libre en relación al poder, para no transformarse en funcionario del consenso. Pero libre también en relación a la oposición (...). Para mí es claro, evidente, que tanto el intelectual como el artista y todo creador (...) no puede trabajar sino lo hace en la independencia total —muchas veces fuera de los caminos prefajados, de las ideologías de moda— para conducir hasta el fin sus trabajos, sean cuales sean las dificultades a encontrar.... Ello le reportará, entre otras cosas, al intelectual —al verdadero— una sólida reputación de tener «mal carácter». Es una condena pesada de llevar, por la que se pagan a veces precios bastante elevados."<sup>4</sup>

Más allá de ello, y como decía más arriba, este es un libro de síntesis y que no puede leerse solo. O, al menos, no se lo puede leer sin tener presentes otros trabajos de Romano y los ecos que ellos generaron (la mayoría de unos y otros se encuentran mencionados en las notas), pues casi todos los temas que aborda ya fueron analizados de manera más extensa en artículos y libros suyos presentados desde 1962 en adelante. En particular pienso en las "consideraciones" sobre diversos temas que dio a conocer en los últimos años<sup>5</sup> o en las polémicas sobre

<sup>4</sup> Romano, R; "Encore des illusions"; en *Revue Européenne des Sciences Sociales*, Ginebra, Tomo XXI, 1983, n° 64, pp. 14-28, pp. 27-28 (Traducción de FJ).

<sup>5</sup> Romano, R., "Fundamentos del funcionamiento del sistema económico colonial", ponencia presentada al VII Simposio de Historia Económica. Comisión de Historia Económica del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales/Instituto de Estudios Peruanos. Lima, 25-30 de junio de 1986, 42 págs. (mimeo), "Algunas consideraciones sobre los problemas del comercio..." op. cit., "Algunas consideraciones sobre la historia de precios en la América colonial"; en: Johnson, L. y E. Tandeter, (comps.), *Economías coloniales. Precios y salarios en América Latina, siglo XVIII*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 45-80.

el uso de los diezmos como fuente (presente en la nota 112, p. 83), sobre la historia de precios<sup>6</sup> o sobre el feudalismo en Hispanoamérica.

Posiblemente el resultado de una lectura aislada de este libro producirá en el lector el sentimiento de que en algunos temas las conclusiones se precipitan o de que Romano realiza afirmaciones basadas únicamente en su propio peso en tanto que *autoridad*.<sup>7</sup> En ese caso aconsejo se recurra a los trabajos aludidos. De todas maneras este ejercicio puede no llevarnos a estar en un todo de acuerdo con Romano, pero estimo que el conocimiento de esos otros textos serán los únicos que permitirán valorar realmente sus conclusiones, fruto de largos años de reflexión de uno de los grandes historiadores de este siglo y tomar parte, si se desea, en las varias polémicas en las que participa o generó.

FERNANDO JUMAR  
Universidad del Comahue

Julio Pinto Vallejos y Luis Ortega Martínez, EXPANSIÓN MINERA Y DESARROLLO INDUSTRIAL: UN CASO DE CRECIMIENTO ASOCIADO (CHILE 1850-1914). Departamento de Historia, Universidad de Santiago de Chile, *s/f* 184 páginas.

La relación entre las economías de exportación y el crecimiento económico de los países latinoamericanos constituye un tema, tanto en la literatura específicamente histórica como en aquella que ha indagado las raíces del atraso, el subdesarrollo o la dependencia. Las tesis más clásicas, como las de los economistas de CEPAL, subrayaron la incompatibilidad entre la división internacional del trabajo, en cuyo marco florecieron aquellas economías exportadoras, y cualquier tipo de crecimiento industrial, sólo posible luego de la gran crisis de 1929. Posteriormente, se subrayaron los múltiples encadenamientos entre economías exportadoras e industria, y desde entonces la discusión parte de la existencia antes de 1914 de un sector manufacturero de una cierta envergadura, y se pregunta por sus relaciones con el sector exportador y por la posibilidad de que su crecimiento fuera más allá del impulso dado por aquél.

En el caso de Chile, el estímulo provino eventualmente del sector minero: el del cobre en el Norte Chico, hasta mediados de la década de 1870, y el del salitre en el Norte Grande, has-

<sup>6</sup> Véase cap. III y Romano, R.; "Algunas consideraciones sobre la historia de los precios en la América colonial", op cit. y en el número 6 de este *Boletín* (3ª serie, 2º semestre de 1992) en la sección Notas y Debates. Una polémica sobre la historia de precios en el Buenos Aires virreinal".

<sup>7</sup> Como por ejemplo cuando afirma: "Aquí, en el contexto americano, no hay feudalismo centralizado, lo que no significa la liquidación total del sistema feudal no centralizado, mismo que, con diferentes intensidades, siempre fue característico de la vida colonial americana" (p 167). Para mayores datos sobre los estudios que lo llevan a realizar esta afirmación, véase de su autoría: "Acercas de la 'oferta ilimitada' de tierras: a propósito de América Central y Meridional", en: Flores Galindo, A. y O. Plaza (eds.); *Haciendas y Plantaciones en Perú*, Lima, Cuadernos del Taller de Investigación, 1975, pp. 1-7 (mimeo). "American Feudalism", en *Hispanic American Historical Review*, 64 (1), 1984, pp. 131-134. "Entre encomienda castellana y encomienda indiana: una vez más el problema del feudalismo americano (siglos XVI-XVII)", en *Anuario del IJES*, Tandil, 1988, pp. 11-39.

ta la Primera Guerra o quizá 1930. Su incidencia positiva en un cierto crecimiento industrial ya fue planteada en la década de 1960 en los trabajos pioneros de Ricardo Lagos y Oscar Muñoz; Henri Kirsch demostró cabalmente la fuerte relación entre la expansión salitrera y el crecimiento industrial a partir de 1880, mientras que Luis Ortega (uno de los autores de esta monografía) y Gabriel Palma mostraron recientemente que la expansión de 1860 contenía una dimensión industrial importante. Esta monografía introduce una perspectiva algo distinta dentro de esta revisión general del tema: el examen de la dimensión industrial de la economía minera y, desde ella, sus posibles vinculaciones con el crecimiento industrial posterior a 1850.

Pinto y Ortega discuten simultáneamente dos cuestiones, imbricadas pero diferentes: la dimensión industrial de la minería, y su vinculación con el desarrollo de relaciones de tipo capitalista. Sus bases teóricas —el papel de la acumulación de capital y la proletarización de la mano de obra, el carácter autosostenido del crecimiento, la relación entre industria e industrialización— se apoyan fuertemente en los trabajos de Hobsbawm, Dobb y Thompson, y en general en la perspectiva de la historiografía marxista británica. Su hipótesis es que en la minería se desarrolló la primera experiencia industrial capitalista completa, y que por diversos caminos impulsó el crecimiento de la industria chilena.

Las refinerías de cobre y de salitre pueden ser consideradas, según proponen, los primeros establecimientos industriales completos, tanto por la dotación de capital, la permanente renovación tecnológica —exigida por la inserción plena en un mercado mundial muy competitivo— y la racionalización de los procesos de trabajo: en los estrictos límites de las plantas —descritas con minuciosidad— no dudan de que puede hablarse de una “revolución industrial”.

Esta modernidad es confirmada en su análisis del proceso de proletarización de la mano de obra, esto es de una fuerza de trabajo libre de restricciones tradicionales y plenamente dependiente del mercado de trabajo capitalista. Este análisis toca algunos de los temas clásicos de la historia social chilena, pues la minería transforma la masa de población flotante y trasahumante, característica del mundo rural del XVIII y el XIX, en un conjunto de trabajadores vigorosamente desarraigados de sus bases rurales e irreversiblemente vinculados con la actividad minera (al punto que, ante las sucesivas crisis del salitre, deberá ser el Estado quien provea su traslado hacia regiones más abrigadas del hambre). También transforma trabajadores con cultura rural en disciplinados obreros industriales, adaptados al régimen de los grandes establecimientos. Esta transición —lograda mucho más con la atracción del salario que con la coacción— es más lenta, tardía e incompleta en el Norte Chico, donde el trabajo especializado e individual de los tradicionales barreteros siguió primando en las tareas extractivas, y donde los empresarios no pudieron lograr un disciplinamiento cabal de los campamentos. Pero se logró acabadamente en el Norte Grande salitrero, mundo de asalariados puros, irreversiblemente atados a la actividad, sujetos a la disciplina capitalista y actores de enfrentamientos sociales definitivamente modernos. En el Norte minero, en suma, no sólo aparecen los primeros establecimientos auténticamente industriales sino el primer contingente compacto e irreversible del proletariado industrial.

Sobre las relaciones entre el polo minero y el sector industrial chileno las conclusiones son menos categóricas. En términos generales, la minería es la única fuente de divisas, de modo que la industria manufacturera, necesitada de todo tipo de insumos importados, depende estructuralmente de ella (un punto establecido exhaustivamente por Kirsch). Puede probarse, además, que los capitales mineros están detrás del notable desarrollo de la banca chilena luego de 1860, pero no parece probable que esa banca haya operado como sostén financiero de la industria, ni que los mineros hayan actuado como socios capitalistas de los empresarios ma-



nufactureros, que en cambio fueron habitualmente apoyados por las casas comerciales importadoras. Puede sugerirse que el núcleo de proletarios mineros circuló por otras actividades, sobre todo en tiempos de crisis minera, pero la posibilidad de demostrar la existencia de un mercado de trabajo nacional parece lejana.

Se trata, en suma, de las cuestiones típicas de las economías de enclave. Para Pinto y Ortega, la principal relación entre el polo minero y la industria manufacturera se encuentra en la constitución de mercados amplios y dinámicos para la producción local, por la vía de la sustitución progresiva de importaciones. La reparación de los equipos ferroviarios o mineros fue el primer paso para la producción local de parte de él, tanto en las mismas provincias mineras como en Valparaíso y aun Santiago, cosa constatable en el notable desarrollo de la industria metalúrgica, desde la forja de acero hasta la fabricación de maquinarias complejas. Por otra parte, los centros mineros se constituyen en mercados de consumo importantes para alimentos, bebidas, calzado, ropa, todo lo cual es confirmado por el crecimiento de muchos importantes establecimientos, en la región y en el centro. En lo que constituye el más significativo aporte de nueva evidencia de esta monografía, los autores estudian los flujos comerciales entre las provincias del Norte Grande y Valparaíso, constatando la importancia de los productos nacionales en el abastecimiento de las necesidades del centro minero.

Si la industrialización chilena antes de la Primera Guerra se organizó en el seno de la minería, donde se constituyó un "paradigma industrializador", su impulso fue lo suficientemente vigoroso como para activar, por distintas vías, un respetable sector industrial en todo el país. No lo fue, sin embargo, para generar un crecimiento autosostenido, capaz de liberarse de los vaivenes del comercio exterior. En este punto, Pinto y Ortega esbozan algunas cuestiones —las clásicas de la historia chilena cuya discusión, dejada fuera de los marcos de esta monografía, parece sin embargo indispensable para abordar la cuestión, teórica e historiográfica, de la relación entre el enclave y la sociedad global. Los autores insinúan algunos comentarios acerca del comportamiento de las clases propietarias, y a su escaso interés por las inversiones de riesgo, un tema ciertamente complejo, que no puede agotarse en explicaciones culturales o psicológicas. Habría que examinar más en detalle los otros mundos industriales de Chile, particularmente Santiago y Valparaíso, que para algunos autores, como De Shazo, acunaron la expresión más consistente de la clase obrera chilena de principios de siglo. Debería analizarse, desde la perspectiva abierta por este trabajo, la situación del mundo rural y su "congelamiento", en relación tanto con la constitución de un mercado y de un "ejército de reserva", como de la acumulación de capitales. Sobre todo, debe discutirse la acción del Estado y su empleo de la renta minera en el período de esplendor del salitre. A este reexamen general, esta monografía aporta sin duda mucho: un abundante material empírico sobre la industria minera, un razonamiento preciso y acotado de su transformación interna y de sus vinculaciones con otros sectores, y una prueba concluyente de la minería y de la amplitud de sus efectos, que exceden ampliamente los habitualmente asignados a las economías de enclave.

LUIS ALBERTO ROMERO  
Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" - PEHESA

Malcom Deas, DEL PODER Y LA GRAMÁTICA Y OTROS ENSAYOS SOBRE HISTORIA, POLÍTICA Y LITERATURA COLOMBIANAS, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1993, 346 páginas.

El autor recopila en este libro una serie de ensayos y artículos, la mayoría ya publicados en distintas revistas especializadas y libros dispersos. La variedad de temas tratados es muy amplia, desde análisis financieros hasta críticas literarias. También la extensión y profundidad de los mismos es disímil: algunos son sólo artículos en los que se rememora algún personaje o donde el autor analiza la realidad colombiana contemporánea. Sin embargo, todos reflejan una erudición muy importante. Aunque, cronológicamente los trabajos abarcan todo el período de la historia colombiana posterior a la ruptura de la gran Colombia, el mayor énfasis está puesto en las últimas décadas del siglo XIX. Son de lectura amena, con anécdotas y excelentes descripciones de época. Lo siguiente es un breve comentario a los principales artículos del libro:

En *Miguel Antonio Caro y amigos; gramática y poder en Colombia* el autor llama la atención sobre el afán académico por la lengua y la gramática de los círculos políticos colombianos y el ejercicio del poder durante la hegemonía conservadora (1885-1930). Para encontrar la relación que vincule ambos fenómenos rastrea, por una parte, el componente ideológico-pedagógico que siempre ha tenido la política colombiana. Concluyendo que "el interés radicaba en que la lengua permitía la conexión con el pasado español, lo que definía la clase de república que estos humanistas querían" (p. 47). Los círculos políticos conservadores insistían en una continuidad histórica: defendían la independencia pero nunca repudiaron lo que España había hecho en América.

Por otra parte, el autor intenta buscar una explicación que relacione las fuentes de poder de este grupo de políticos que establecieron su hegemonía desde 1885, pero advierte la falta de investigación sobre el tema. Rastreando el origen de algunas de estas figuras prominentes, interpreta que Caro era "representante de cierta clase que tiene su existencia en el gobierno, no en ningún sector o faceta particular de la economía." (p. 42). Aunque acepta como hipótesis posible la autonomía gramsciana para los intelectuales, aclara que una explicación más a fondo del fenómeno demandaría un examen minucioso de la estructura del país.

Tal vez, valdría la pena haberse planteado otras hipótesis no excluyentes, que se advierten en algunas de las citas: la propia valoración de los intelectuales para el ejercicio del poder frente a otras fuentes de estatus social como la riqueza ("Es el bien hablar una de las más claras señales de la gente culta y bien nacida, y condición indispensable de cuantos aspiren a utilizar en pro de sus semejantes, por medio de la palabra o de la escritura, los talentos con que la naturaleza los ha favorecido..." R. J. Cuervo cit. en p. 38) y la función del correcto uso de la lengua y de la gramática como diferenciador social ("Nadie revoca a duda que en materia de lenguaje jamás puede el vulgo disputar la preeminencia a las personas cultas..." R. J. Cuervo cit. en p. 40).

*Los problemas fiscales en Colombia durante el siglo XIX y Pobreza, guerra civil y política: Ricardo Gaitán Obeso y su campaña en el río Magdalena en Colombia, 1885*, tienen en común el interés del autor por el desorden político y las guerras civiles colombianas. El primero analiza la relación entre la fortaleza de recursos de un gobierno y su posibilidad de mantenerse en el poder. Es muy interesante la observación que hace sobre la poca investigación que se ha hecho de las finanzas públicas en Latinoamérica, dada la trascendencia del tema. El autor afirma la pobreza crónica del Estado colombiano. La razón de esta escasez de recursos, será entonces, el objetivo del ensayo, a través de un muestreo de las distintas fuentes de ingresos, sus posibilidades y limitaciones. Como lo aclara el propio autor es un trabajo poco cuan-

titativo, ya que quiso poner el énfasis sobre la calidad general de la situación del gobierno. También el matiz de una época a otra ha sido sacrificado para dar mayor claridad al panorama general. El autor concluye finalmente que no fue el proteccionismo, ni ningún nuevo arbitrio, ni el papel moneda ni ningún cuello de botella súbitamente ampliado lo que aumentó los ingresos del gobierno a un nivel aceptable, sino el aumento gradual de las exportaciones; y que un gobierno central con medios suficientes tardó bastante en llegar.

Dado que este es un ensayo fundamentalmente cualitativo y con una finalidad expresa de relacionar la pobreza del Estado con su capacidad para mantenerse en el poder, hubiera sido interesante que los datos económicos dialogaran más con los políticos, comparando, por ejemplo las distintas situaciones fiscales de los gobiernos con la situación política reinante en cada período. En especial con las diferentes revueltas y guerras civiles ocurridas a lo largo de todo el siglo: cómo afectaron dichas guerras civiles a las economías regionales y a las propias finanzas del gobierno colombiano (puesto que no siempre tienen el impacto negativo que se supone) y viceversa. Es justamente en el segundo de estos dos artículos donde el autor afirma que, al hacer el balance de la guerra y aunque parezca paradójico a un gobierno con crisis fiscal la guerra lo salva. La solución llevada a cabo por Núñez fue la Regeneración: una nueva constitución centralizada con sufragio limitado. Sin embargo dos guerras civiles más demostraron que, según el autor, sin mayor prosperidad el fantasma de las revoluciones no iba a desaparecer. El autor hace así nuevamente hincapié en los factores económicos. En dicho trabajo, el autor se propone, a través del estudio específico de una campaña, encontrar elementos que permitan responder a algunas preguntas claves sobre las guerras civiles colombianas: fueron realmente movimientos de masas, cuántos comenzaban y cómo se involucraban otros después, eran producto de la debilidad del gobierno o de la fortaleza de la oposición. etc. Aunque esta campaña fue uno de los hechos militares centrales, no es la intención de Deas hacer una historia total de la guerra. Pero sí considera necesario ubicar la campaña en el contexto histórico nacional y mundial y por allí comienza su análisis. En el relato específico de la campaña hay importantes observaciones con respecto a cómo comenzó y a las formas de financiamiento de la misma. El autor afirma: "Es así como tres personas iniciaron lo que llegaría a ser una destructiva campaña de ocho meses." (p. 135) Hubiera sido interesante analizar también las distintas conexiones con otros alzamientos dentro de la misma guerra civil: si hubo contactos previos o si fueron alzamientos aislados que más tarde se enlazarían, así como cuáles eran las motivaciones que los propios protagonistas tenían.

Finalmente el autor infiere que: "en el siglo XIX, frecuentemente las revoluciones se debían más al hecho de que el partido en oposición no podía evitarlas, por tener también un escaso control sobre sus propios elementos." (p. 156) La crisis también afecta a la oposición atomizándola y sumado el descontento local es fácil concluir que algún cabecilla tarde o temprano lo aprovecharía. Esto también podría leerse como que ningún grupo podía hegemonizar el poder suficiente para controlar todas las fuerzas existentes en Colombia, sin descuidar la hipótesis de que estas guerras civiles son también parte de las luchas por conformar el Estado colombiano. También hubiera sido relevante investigar con mayor detalle cuál era la relación de Gaitán Obeso con su propio partido, sobre todo al comenzar la campaña, aunque sí hay algunas observaciones al respecto en torno a la finalización del conflicto: "Desde el punto de vista político la campaña radical fue un paso desastroso, aunque se podría sostener que Gaitán no hizo más que multiplicar los errores de Hernández y sus amigos... Esa gente fue menos efectiva y más dispuesta que él a llegar a un acuerdo. Gaitán hizo inevitable que la guerra se extendiera ampliamente..." (p. 155). En todo el relato del juicio llevado a cabo contra el mis-

mo la discusión se centra en si era o no una figura popular, fue un rufián o un héroe romántico, pero no hay demasiados indicios acerca de su inserción en el partido liberal radical.

A través de *La presencia de la política nacional en la vida provinciana, pueblerina y rural de Colombia en el primer siglo de la república y Algunas notas sobre la historia del caciquismo en Colombia*, Deas se propone marcar, dentro de la evolución del sistema político colombiano, dos de sus características más relevantes: la politización de los ámbitos rurales y el caciquismo. Como afirma en el segundo de estos trabajos, el número de experimentos constitucionales fue muy grande y las diferencias climáticas, económicas y culturales de las distintas regiones hacen de Colombia un campo de estudio del caciquismo ideal. "Colombia, todavía hoy, no es una república dominada por una sola región, y mucho menos lo fue en el siglo pasado. Durante las guerras de independencia había comenzado a vivir bajo una exagerada experiencia federal, la Patria Boba, y los compromisos regionales fueron durante mucho tiempo fundamentales para el mantenimiento de la paz y unidad nacionales" (p. 207). El ensayo es muy rico en descripciones de época de caciques, en sus formas de operar y negociar. La pervivencia de estos personajes hasta la actualidad, a pesar de los intentos hechos por los dos partidos mayoritarios de encauzar los reclamos regionales por otros medios, es visto por el autor como una herencia política difícil de erradicar. Por ello, es de lamentar la poca importancia que el autor da al tema del federalismo, aunque fuera, considerándolo como indicador de fenómenos más profundos, dado que él mismo reconoce que estas tendencias perdurarán largo tiempo: "Todavía existen poderosas y naturales fuerzas federalistas. Núñez, el Regenerador, había querido pulverizar los antiguos estados soberanos ... pero las fuerzas locales fueron demasiado vigorosas para él, como lo fueron también para el presidente Reyes: todavía le era difícil al gobierno eliminar o reemplazar un gobernador sólidamente establecido o un gran cacique..." (p. 220-221) Como afirma en el primero de estos artículos, términos como caciquismo o clientelismo no explican todo el fenómeno de la politización de los ámbitos rurales. Por lo cual propone reflexionar acerca de la existencia de una política nacional además de la local inmediata, evidenciada en relatos de viajeros y en la dispersión de pies de imprenta de proclamas y folletos etc. Releva, entonces, la presencia de lo nacional a través de la aparición del Estado en diferentes aspectos. También hay que tener en cuenta, dice, los medios de comunicación, como posibilidad para el intercambio de noticias y la formación de una conciencia nacional. Otros dos elementos que analiza son los acontecimientos, que son noticia en todas partes y los héroes; ambos son considerados como politizadores de los colombianos. De sus preguntas, queda sin respuesta, advierte, qué se sabe acerca de la politización de los analfabetos. Plantea como hipótesis posible una relación entre mestización y politización, pero crítica, a su vez, la falta de interés de antropólogos y sociólogos sobre la cuestión.

En este ensayo surge como concepto base la existencia previa de la nación colombiana. Al comienzo del trabajo el autor se plantea la posibilidad de la existencia de la nación sin una economía nacional, a lo que responde: "Dos conclusiones se me ocurren: o bien la economía nacional existía, o había una política nacional anterior a la economía nacional, píldora desagradable para los regionalistas a ultranza y también para los marxistas vulgares." (p. 176) Dejando de lado la temática económica, el lector podría dudar acerca de si la nación colombiana surge en forma espontánea e inequívoca, con el desmembramiento de la Gran Colombia, y postular la hipótesis contraria de que la nación se irá conformando a lo largo de gran parte del siglo. Sí es indudable que existían sentimientos de unidad nacional, paralelamente a los regionalistas e incluso a los separatistas. De allí que sería más ajustado inferir que la propagación de noticias o la fama alcanzada por algún personaje, etc., ayudaron a conformar una

conciencia nacional; proceso necesariamente paralelo al de la formación misma de la nación.

Los ensayos están plagados de preguntas inteligentes, que plantean relaciones o hipótesis no siempre respondidas en los mismos. Estas preguntas no sólo son un buen ejercicio intelectual, sino que pueden servir también como disparadoras de nuevas investigaciones. Son ensayos abiertos que, como dice el propio autor, no son definitivos y por tanto podrían ser reescritos a la luz de nuevos hallazgos. Incluso, algunos de ellos parecen estar más destinados a llamar la atención sobre una problemática que a cerrarla.

LILIANA RONCATI

Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani"

Nicolas Shumway, LA INVENCIÓN DE LA ARGENTINA. HISTORIA DE UNA IDEA, Buenos Aires, Emecé, 1993, 334 páginas.

#### UNA VEZ MÁS EL MUNDO PARTIDO EN DOS

Un título atractivo: *La invención de la Argentina. Historia de una idea*. Evoca de inmediato el conjunto de trabajos recientes —de Hobsbawm, Anderson, Morgan...— dedicados a desarmar cualquier concepción esencialista de nación y tradición y a demostrar su carácter de artefactos creados socialmente. Remite además, inevitablemente, a los últimos escritos sobre el caso argentino —de Halperin Donghi, Chiaramonte, Terán, Botana, Bertoni...— donde se analiza el proceso largo y complejo de formación de esta nación. Finalmente, refiere a un campo muy innovador en estos días, la historia de las ideas. Así, desde su título, el libro promete por lo menos estar a la altura de los tiempos. Rápidamente se descubre que está lejos de llenar esas expectativas.

Shumway parte de la frecuentada pregunta acerca del llamado "fracaso" argentino y se propone contribuir a responderla tomando en cuenta un "factor de la ecuación argentina que suele pasarse por alto...: la peculiar mentalidad divisoria creada por los intelectuales del país en el siglo XIX, en la que se enmarcó la primera idea de la Argentina" (p. 12), legado que, a su entender, creó una "mitología de la exclusión" en lugar de "un pluralismo de consenso". El objetivo del libro es estudiar la constitución de ese legado en el siglo XIX, cuando se habrían creado las "ficciones orientadoras" que "siguen dando forma a la acción y a la identidad del país" (p. 14). Para ello, rastrea la formación y el desarrollo de las ficciones en la producción de quienes define como "los escritores y pensadores más importantes del país" entre 1808 y 1880.

El libro comienza refiriéndose al legado colonial y a los problemas centrales que encontró la América española para la formación de naciones. Ya en ese pasado descubre una oposición entre las elites urbanas e intelectuales, subsidiarias de Europa y portadoras de una "alta cultura derivativa" "imitativa y estéril" y unos sectores populares con "tradiciones de largo alcance, sentimientos de solidaridad de clase o étnica..." liderados por caudillos que "de alguna manera encarnaba[n] los valores... de la tradición" y con una cultura "fecunda, exuberante..." (pp. 20-22). Como consecuencia de esta situación "las colonias españolas llegaron al movimiento independentista... mal preparadas ideológicamente para la tarea de edificar una nación" (p. 22). El conflicto que estalló después de la Independencia terminó de fragmentar el espacio

americano y fue entonces cuando “los intelectuales del continente abordaron la tarea crucial de crear ficciones orientadoras, mitos de identidad nacional, que pudieran reunificar países quebrados y quizás reducir la tendencia a una fragmentación mayor” (p. 23). En ese contexto, la Argentina no era una excepción. Durante la segunda mitad del XVIII no tenía “ninguna idea de un destino nacional” (p. 28) y también allí se dio desde muy temprano la división entre una élite urbana, intelectual e imitadora de los europeos y una cultura popular autóctona, germen de lo nacional, división a la que en este caso se superpuso el antagonismo entre la ciudad de Buenos Aires y el interior.

Estas oposiciones primigenias marcaron de manera definitiva las ficciones orientadoras de la Argentina, que Shumway reduce a dos: por un lado, estaban “los liberales, principalmente los unitarios de Buenos Aires, que vivían mirando a Europa y ansiosos de importar las últimas ideas... para dar con ellas forma a su nación sea cual fuese el costo”; por el otro lado, “los federalistas, caudillos provinciales y populistas ... [S]u meta era una política más inclusiva donde hubiera un lugar para el campesino, el indio, los mestizos y los gauchos” (p. 96). Shumway se ocupa entonces de escoger representantes de una y otra vertiente para analizar sus posturas: en la primera, coloca a Moreno, Rivadavia, la Generación del 37, Sarmiento y Mitre; en la segunda, a Saavedra, Artigas, Hidalgo, Alberdi (en su última época), Olegario Andrade, Guido y Spano, Lucio V. Mansilla y José Hernández. A lo largo de diez capítulos va tomando a estos personajes y analizando su obra, buscando probar una y otra vez la vigencia de las oposiciones que define como superpuestas: populismo/ elitismo, nacionalismo/ europeísmo, unitarismo, proteccionismo/ librecomercio, caudillos del interior/ intelectuales urbanos, campo/ ciudad.

El planteo, como vemos, no es muy novedoso. Tampoco lo son las genealogías que presenta: la línea Mayo-Caseros está representada en pleno, mientras que en la vereda de enfrente los nombres también son reconocibles, aunque puedan sorprender algunos recortes y exclusiones (ver más abajo). El libro repite, en ese sentido, los mitos elaborados por las versiones revisionista y liberal de la historia argentina y, más que explorar cómo se inventaron y alimentaron esos mitos, queda atrapado en ellos. Ignora los trabajos sobre esta temática escritos en años recientes que también hablan de la invención de la nación y del papel de la historia en ese proceso, para enfatizar —precisamente— el carácter ficcional de los relatos sobre el pasado que, puestos en circulación sobre todo después de 1880, fueron eficaces en la construcción de “la nación Argentina” tal como se terminó de perfilar a principios de este siglo. Shumway no toma en cuenta estos análisis y, en cambio, adopta los supuestos de aquellos relatos: una nación, que existe en potencia desde la época colonial, va desplegándose a lo largo del siglo XIX anidando en su seno un antagonismo irreductible, resultado de la oposición entre dos proyectos esencialmente diferentes y enfrentados entre sí desde los orígenes. Además, en la identificación de esos proyectos, acepta sin crítica las genealogías que los propios liberales primero y los revisionistas más tarde diseñaron para fundar sus interpretaciones. Así, todas las contradicciones y complejidades de la historia del siglo XIX desaparecen para que la rica vida ideológica de entonces pueda encauzarse en los dos moldes predefinidos. Las categorías pierden historicidad y los personajes se vuelven caricaturas.

De esta manera, la nación, un concepto clave de todo el libro, queda vacío de contenido histórico. Desde el principio se dice que “Durante los últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX la idea de nacionalidad fue la predominante en la mente europea... [Entonces] las ideas de fraternidad universal dieron paso a una emergencia de sentimiento nacionalista en el que cada país afirmaba su peculiaridad étnica, lingüística y mítica” (p.17). Esta concepción de nación es la única con que opera Shumway, quien prefiere ignorar las profundas diferencias

que aparecen a lo largo de todo el siglo XIX en torno al *problema* de cómo definir a la nación y cómo construirla. En ese sentido, es particularmente pobre su análisis de las posturas en juego en torno a Mayo, ya que ni menciona el agudo conflicto planteado entonces entre dos nociones radicalmente distintas: "nación moderna formada por individuos para unos, nación antigua formada por cuerpos, para otros", en las sintéticas palabras de Guerra.<sup>1</sup> En cambio, Shumway coloca la diferencia en las personas, concebidas fuera de la historia: Moreno, ambiguo personaje que por un lado adopta los valores del Iluminismo y por el otro "hace pensar en Maquiavelo, en el Gran Inquisidor y en los jacobinos franceses"; Saavedra, "patriota del viejo estilo que contaba con amplio apoyo popular". El uno, elitista, falso demócrata, autoritario, que quería el poder para las clases ilustradas de Buenos Aires; el otro, federal y populista *avant la lettre*, "hombre de buenos instintos... [que] intentó darle igual representación a las provincias". De esta manera, en lugar de inscribir las discusiones de la época en el marco del gran debate que sacudía tanto a América Hispánica como a España misma en la compleja transición a la modernidad política, Shumway las interpreta en base a su presupuesto de nación, y hace de Moreno un europeizante antinacional y de Saavedra un patriota nacionalista. El mismo tipo de problemas se plantean con otras categorías usadas en el libro (pueblo y democracia, por ejemplo, pierden la riqueza de su polisemia y quedan atrapadas en definiciones *a priori* del autor), así como con los diversos personajes analizados.

A esta altura quedará claro, además, que el autor tiene simpatías bien definidas. En efecto, si al comienzo parece proponer un análisis en paralelo de los dos relatos ficcionales que considera ideológicamente claves en la formación de la nación argentina, muy pronto adopta como propio el punto de vista de uno de ellos, que identifica como nacionalista, populista y antiliberal, cuyas posturas no solamente celebra sino que toma siempre como verdaderas. Porque para él "el populismo argentino en su mejor forma ofreció una mitología para el consenso y la inclusión que, si hubiera triunfado, podría haber desarrollado la especie de democracia abarcadora a la que el liberalismo veneraba sólo con palabras, no con hechos" (p. 271). Liniers y Saavedra, Artigas y Alberdi, Mansilla y Hernández anticipaban ya el ideal bienpensante de la democracia pluralista del tardío siglo XX... Muy diferente es su actitud frente a los que considera representantes de la ficción liberal, a quienes mide con diversas y severas varas: los critica desde su posición ideológica personal, desde la visión de quienes encarnan la ficción nacionalista y desde la historia misma, contrastando "objetivamente" hechos y palabras, para condenar así sus ideas, sus actos y sus legados.

En su apresuramiento por clasificar y juzgar, el autor satura el texto de calificativos, observaciones anacrónicas, contradicciones y más de un error, mientras pasa por alto importantes debates de la historiografía. Así, ya en la colonia, el consulado español esbozaba el proteccionismo que sería típico de todo el "posterior pensamiento nacionalista y populista" (p. 47), mientras Moreno "anticipó la función del Estado" que "ha intervenido constantemente... haciendo de la Argentina la economía más sobre regulada y sobregobernada del mundo capitalista" (p. 57). Rivadavia, por su parte, inició "el modelo de endeudamiento que subyace a la actual situación" (p. 115) y la Mazorca fue "un anticipo de lo que en este siglo serían los escuadrones de la muerte paramilitares" (p. 140). *El Argos de Buenos Aires* equivalía a la revista *Sur* (p. 105). Andrade, el último Alberdi y Hernández se anticiparon a "corrientes centrales

<sup>1</sup> François-Xavier Guerra: *Modernidad e independencias*. Madrid, Mapfre, 1992, p. 29.

de pensamiento marxista y tercermundista" (p. 243) y los biógrafos de Lavalle en la *Galería de celebridades argentinas* compilada por Mitre. "se alinean... con el más sangriento gobierno militar de la historia argentina, la junta que gobernó de 1976 a 1983" (p. 226). Y podríamos seguir con los ejemplos. Para no mencionar las equivocadas referencias a las elecciones y el sufragio a lo largo del todo el libro (especialmente pp. 119, 137, 164, 169, 249); la información errónea de que el gobierno liberal "mató a Felipe Varela" (p. 260; Varela murió en el exilio) o la más inofensiva de que Mitre "pasó gran parte de su infancia en la lejana Patagonia" (p.208; se confunde con Carmen de Patagones).

La toma de partido afecta también aspectos muy sustantivos de la obra de Shumway, en particular el trabajo de definición y análisis de cada una de las ficciones. Así, para sentirse cómodo, debe hacer malabarismos de inclusiones y exclusiones en su propio panteón populista/nacionalista/federal. En primer lugar, tiene que eliminar a Rosas quien, aunque "gozó de gran popularidad, no fue en ningún sentido un verdadero populista" (p. 139). Además, tiene que hacer una prolija selección entre los demás caudillos y, aunque menciona a unos cuantos y a todos los considera genuinos patriotas representantes del pueblo, sólo explora la trayectoria y los escritos de Artigas, "el más recordado". Pero aun en ese caso, no se detiene a reflexionar sobre el activo papel que cumplieron en su derrota sus primitivos aliados, los caudillos del Litoral: simplemente los convierte en traidores (pp. 80-82). Finalmente, no puede sino recortar legados intelectuales para lograr coherencia: el Alberdi de *Bases* es secundario frente al de las Cartas Quillotanas, el Hernández de la *La Vuelta de Martín Fierro* es un traidor "a su ideal populista" (p. 310), y así siguiendo.

En cuanto a los liberales, la condena bloquea cualquier intento de análisis productivo. El ejemplo más interesante en ese sentido es el capítulo dedicado a Bartolomé Mitre, creador —él sí— de un relato que constituiría la base de la versión liberal de la historia nacional. Hoy contamos con una bibliografía importante referida a ese tema, pero Shumway lo anuncia como un descubrimiento propio cuando, después de referirse a uno de sus escritos, deduce "que Mitre ve la historia como un cuento ejemplar, un medio para dar forma al futuro. Usa deliberadamente el pasado para crear una mitología nacional..." (p. 214). A partir de allí, todo su esfuerzo se concentra en desmontar el texto de Mitre mostrando que no dice la verdad, tergiversa los hechos, construye "íconos inatacables" y se apoya en "una cuidadosa selección de pruebas que desmiente todo reclamo de objetividad" (p. 231). Así, desde una supuesta historia objetiva, denuncia y juzga la interpretación mitrista del pasado, pero nunca la analiza como lo que ya sabemos que es, un relato mítico.

En suma, el libro tiene problemas. La propuesta de descubrir y analizar las ficciones orientadoras de la nación Argentina queda reducida a una confirmación de las genealogías míticas propuestas por las versiones liberal y revisionista de nuestra historia, donde se encuentra lo que se sale a buscar: dos configuraciones ideológicas rígidas definidas en sus rasgos esenciales ya a fines de la época colonial. Lo que viene después es simplemente más de lo mismo. Todo pasado por el tamiz privilegiado por el autor: su simpatía por una de las ficciones, que deja entonces de ser un mito para transformarse en una visión ajustada de la realidad frente a la auténtica ficción, la liberal, que el texto sale a denunciar y desenmascarar. Nada queda de las expectativas iniciales: un buen título para un libro escasamente original, con mucho de maniqueísmo y poco de historia.

HILDA SABATO

Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"-PEHESA



Benedict Anderson, COMUNIDADES IMAGINADAS, REFLEXIONES SOBRE EL ORIGEN Y LA DIFUSIÓN DEL NACIONALISMO. México, Fondo de Cultura Económica, 1993. [Primera edición inglesa: Benedict Anderson, *Imagined Communities*, Londres, Verso, 1983.]

El libro de Benedict Anderson, editado en Londres hace diez años y que acaba de aparecer en versión castellana, integra el conjunto de obras que renovaron el interés por el tema del nacionalismo en los últimos veinticinco años. Fue objetivo de su autor, según lo explica en la Introducción superar la calidad de “anomalía” que el nacionalismo posee en el enfoque del marxismo y del liberalismo, mediante lo que llama un giro copernicano en la cuestión. Este propósito revolucionario lo expresará en su tesis de considerar a las naciones como comunidades constituidas en el nivel del imaginario colectivo. Más precisamente, su punto de partida es que la nacionalidad y el nacionalismo son *artefactos* culturales de una naturaleza peculiar: creados hacia el fin del siglo XVIII, como destilación espontánea de un entrecruzamiento complejo de fuerzas históricas, a partir de allí habrían devenido “modulares”, es decir, capaces de ser transplantados a diversos terrenos sociales y con intensidades diversas.

Anderson nos entrega así una aproximación al problema de la formación de las naciones modernas que posee el interés de señalar la historicidad del fenómeno y de vincular esa historicidad a conceptos en boga en la historiografía reciente, como los de invención e imaginario. Pero por una parte, practica una injustificable ligereza en el manejo de los datos que unida a la tendencia a fáciles generalizaciones produce resultados tan inexplicables como los que comentamos más abajo. Por otra, aspectos centrales de su tesis podrían considerarse reformulaciones de lo que, si bien con expresa adhesión al sentimiento nacional, había sido ya señalado por Ernesto Renán en su clásico “¿Qué es una nación?” (1887): “...la nación moderna es un resultado histórico provocado por una serie de hechos que convergen en un mismo sentido” o: “las naciones no son eternas. Han tenido un comienzo y tendrán un fin”.

Anderson critica a Ernest Gellner, autor del también ya clásico libro *Nations and Nationalism* (1983), porque en su esfuerzo por desenmascarar al nacionalismo, al concebir a la nación como “invento”, asimila el concepto de “invención” a “fabricación” y “falsedad”, más que a “imaginación” y “creación”. Y en una toma del toro por las astas, que ha constituido el aspecto más atractivo de su trabajo, afirma que “todas las comunidades mayores que las aldeas primordiales de contacto directo (y quizá incluso éstas) son imaginadas.” Y añade que ellas “no deben distinguirse por su falsedad o legitimidad, sino por el estilo con el que son imaginadas”.

Pero el esquematismo con que maneja luego los diversos aspectos que confluyen en la génesis de las naciones opaca, si no invalida, el valor de aquel hallazgo conceptual. Según Anderson, la nación se hizo posible por un conjunto de factores convergentes: el declive de las grandes lenguas que se consideraban las únicas vías de acceso a la “verdad ontológica”, la desaparición de “la creencia de que la sociedad estaba naturalmente organizada alrededor y bajo centros elevados” como los monarcas que gobernaban bajo lo que se creía alguna forma de favor divino, y el fin de una concepción de la temporalidad en la que cosmología e historia eran indistinguibles y el origen del mundo y del hombre eran “idénticos en esencia”. La declinación de estas tres certezas —que, sostiene, arraigaban las vidas humanas a la naturaleza de las cosas y daban cierto sentido a las fatalidades de la existencia cotidiana—, bajo el efecto del cambio económico, los descubrimientos geográficos, y la velocidad creciente de las comunicaciones, introdujo una cuña dura entre la cosmología y la historia, e impulsó a buscar “una nueva forma de unión de la comunidad, el poder y el tiempo, dotada de sentido”, proceso en

el que influyó en mayor medida el desarrollo del "capitalismo impreso" ("printcapitalism" en el original en lengua inglesa).

Este último concepto, casi una caricatura de un complejo fenómeno como la invención y expansión de la imprenta, que Anderson utiliza repetidamente en diversos lugares del libro, es revelador de una de sus mayores debilidades, la tendencia a construir explicaciones globales con escasa fundamentación. Así, en uno de los tantos párrafos en que convergen estos rasgos, afirma que "lo que, en un sentido positivo, hizo imaginables a las comunidades nuevas era una interacción semifortuita, pero explosiva, entre un sistema de producción y de relaciones productivas (el capitalismo), una tecnología de las comunicaciones (la imprenta) y la fatalidad de la diversidad lingüística humana". Sustancialmente, esa convergencia del capitalismo y de la tecnología impresa "hizo posible una nueva forma de comunidad imaginada, que en su morfología básica preparó el escenario para la nación moderna". Pero como enseguida advierte que las naciones hispanoamericanas, o las de la familia anglosajona, comparten una lengua común, orilla el problema, que compromete gran parte de su esquema interpretativo, por el sencillo procedimiento de declararlo objeto de ulterior investigación.

De manera que en una serie de capítulos dedicados a distintos casos históricos el libro acumula información de dispar valor y tanto cae en insólitos esquematismos como cautiva al lector con atractivas interpretaciones —ampliadas ahora por los dos nuevos capítulos que incluye esta edición—, respecto de temas como el papel de la imprenta, la política de diversos estados hacia grupos no homogéneos culturalmente, o la importancia del "censo, el mapa y el museo", en la eclosión de las comunidades imaginadas. Pero en general, posiblemente con excepción del material referido a la historia del sudeste asiático —región en la que se especializa el autor— los fundamentos de su análisis resultan por demás endeables, característica a la que no escapa la ligereza con que se ocupa de la historia latinoamericana. Su tratamiento de la misma —tanto más sorprendente dada la confesión del autor, en la Introducción, de su escaso conocimiento del tema— llega al absurdo al pretender explicar la formación de las comunidades imaginadas que habrían correspondido a las posteriores naciones hispanoamericanas, por el "peregrinaje" de los funcionarios criollos y la función de los editores de periódicos criollos provinciales. En este tipo de argumentación no sólo reduce fenómenos históricos tan complejos a algunos pocos elementos que lo cautivaron por haber sido utilizados en atrayentes trabajos monográficos de otros autores, sino que además supone que la Independencia advino como expresión de nacionalidades ya formadas en el periodo colonial. De manera que cuando toma nota, al tratar del papel de la imprenta y los periódicos, que los criollos se autocalificaban de americanos, y no de mexicanos, venezolanos o argentinos, sortea nuevamente la dificultad por el procedimiento de declararla fruto de una ambivalencia en el primer nacionalismo hispanoamericano, su alternancia de perspectiva amplia americana y de localismo. No advierte así que en esa conjunción de americanismo y localismo, lo que falta es precisamente el nacionalismo correspondiente a las naciones que surgirían luego, nacionalismo que en realidad fue mucho más tardío, en la medida en que su aparición es fruto y no causa del proceso de la Independencia.

En síntesis, respecto de la historia hispanoamericana, Anderson esboza una interpretación del proceso de la Independencia que lo muestra todavía apresado en la perspectiva abierta por el Romanticismo y criticada por la historiografía reciente, de que las naciones derivan de nacionalidades preexistentes, perspectiva que hace que su atención se dirija a la génesis de los factores que durante los siglos XVI a XVIII habrían confluído en la formación de nacionalidades, deformando con esta presunción anacrónica el sentido de los mismos. En este cometido, se le escapa además que los iberoamericanos que intentaban organizar Estados nacionales,

desde comienzos de las Independencias y antes del Romanticismo, ignoraban el concepto de nacionalidad y justificaban su aparición en términos racionales, contractualistas, al estilo de la cultura de la Ilustración.

Por otra parte el tipo de análisis realizado por el autor descuida factores tan decisivos como la necesidad de reemplazar la legitimidad política de las monarquías en declive por una nueva forma de legitimidad que, al mismo tiempo, fuese capaz de concitar la adhesión afectiva de una población. A fin de cuentas, el fenómeno de la nación es también de fundamental carácter político, y esto reclama no excluir explicaciones de similar naturaleza que, junto a factores de otro orden, den cuenta de la fisonomía con que se gestó desde fines del XVIII y, además, de la variedad de formas que adquirió (EE. UU., Francia, Inglaterra, etc.). La intención de resolver el problema de la génesis de la nación a partir de datos apresuradamente seleccionados de todo el orbe y todo tiempo, es la mayor debilidad, al par quizás que su no menor atractivo para una lectura rápida, del trabajo que comentamos.

JOSÉ CARLOS CHIARAMONTE

Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani"

Luis Alberto Romero, BREVE HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE LA ARGENTINA, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1994, 414 páginas.

La historia argentina contemporánea constituye un campo problemático en el interior de las ciencias sociales. No más conflictivo tal vez que muchos otros en este momento de reformulación de perspectivas teórico-metodológicas, pero portador sin duda de interrogantes específicos.

Entre esos interrogantes me interesa recuperar para esta nota el que plantea la relevancia cada vez mayor acordada al conjunto de cuestiones que se vincula con la problemática interdisciplinaria. La pregunta giraría en este caso en torno a la validez, legitimidad, conveniencia, oportunidad, de ese tipo de enfoques en el campo de la historia reciente.

Hay quienes consideran que los límites entre las disciplinas sociales se han ido progresivamente diluyendo, no sólo en cuanto a las temáticas legítimamente a cargo de cada una de ellas, sino incluso en lo relacionado con abordajes conceptuales y metodológicos. Cuando se sale de los encuadramientos disciplinarios y se ingresa en campos de conocimiento complejos, aptos para recibir los aportes provenientes de diferentes enfoques, es relativamente fácil reconocer enriquecimientos recíprocos y una nueva fecundidad todavía embrionaria.

El desarrollo contemporáneo de la sociedad argentina se ubica a mi criterio en uno de esos campos, abordados desde diferentes disciplinas, continuamente enriquecidos y fuertemente deudores de la producción de historiadores, sociólogos, politólogos, economistas, filósofos, estudiosos de las diferentes vertientes culturales. Por su parte, la sociología y la ciencia política han abierto considerablemente su espacio de reflexión incorporando la perspectiva diacrónica, la preocupación por los procesos, la idea de construcción histórica de identidades y relaciones sociales.

La preocupación por discernir lo específicamente histórico dentro de esa multiplicidad de lecturas sigue sin embargo vigente y puede ser considerada sin duda como un objeto legítimo de la reflexión teórica y metodológica.

Tal reflexión se vuelve imperativa cuando un historiador se plantea bucear en ese complejo y heterogéneo conjunto, resultante de la indagación sobre hechos, fenómenos, procesos sociales referidos a la sociedad argentina contemporánea, para recuperar desde el pasado las respuestas más adecuadas a los interrogantes que le plantea el presente. Ese es el propósito que reconoce Luis Alberto Romero para su libro. Un libro —en sus propios términos— guiado por preguntas, que sería a la vez un trabajo de historiador profesional y una reflexión personal sobre el presente.

Independientemente de las motivaciones que su autor reconoce, este libro viene a ocupar un vacío significativo en la producción historiográfica argentina. Su contenido puede pensarse en términos sólo aparentemente modestos, como un manual dedicado a la enseñanza, una herramienta para facilitar el conocimiento de nuestro pasado tanto a los más jóvenes como a los no especialistas. O puede también plantearse como un intento de síntesis, una lectura integradora, una perspectiva de largo plazo, apta para estimular el debate en el interior del campo profesional. En cualquiera de estas vertientes el libro de Romero se introduce en un camino escasamente explorado, y luego de haber constituido seguramente un desafío para su autor vuelve a proponerlo a cada uno de sus lectores.

La primera reflexión que quiero plantear en ese carácter se vincula al riesgo implícito en la intención de reconstruir el pasado a partir de los interrogantes del presente. Riesgo de distorsión, de sesgo, de antinomia, de reduccionismo, que ha baldado buena parte de la producción historiográfica argentina. Vale la pena subrayar que esa posibilidad ha sido cuidadosamente evitada en este libro. Es aquí, a mi juicio, donde la práctica del oficio de historiador, que el autor sin duda domina, permite una lectura del pasado no contaminada por una imagen de futuro que el texto no explicita pero su lectura finalmente transmite.

Un segundo espacio problematizable es la delimitación que el historiador produce de su objeto de trabajo. En este caso la narración se orienta en el interior de una consistente línea de abordaje de una problemática que podría caracterizarse como *político-cultural*, integrando con fluidez la cuestión del régimen político, el problema de las identidades socioculturales y los enfoques más específicos de la historia social. En este último registro se incorporan las referencias a la evolución de la economía, integrada a partir de la intervención del Estado y la conformación y actividad de diferentes grupos de interés. El texto logra una reconstrucción sistemática del proceso histórico, expresada en un estilo ágil y ameno, capaz de ir y venir con soltura entre diferentes tópicos sin traicionar la lógica narrativa, puntuada por imágenes de corte periodístico que seguramente lo harán más accesible a los no iniciados.

En tercer lugar sería necesario dar cuenta del problema de la periodización. El primer capítulo tiene por título "1916". En este caso el mensaje, asociado a los anticipos del prefacio, puede descifrarse utilizando una clave centrada en lo político. Es posible imaginar que esa fecha, dotada de un simbolismo por demás expresivo, recupera la promesa de una sociedad democrática que en ese momento comenzaría a gestarse. La audacia en la reconstrucción no llega, sin embargo, a obviar los condicionamientos generados en las últimas décadas del siglo XIX. Ese mismo capítulo lo presenta en forma retrospectiva otorgando, de ese modo, unidad narrativa al período que se cierra en 1930.

La titulación de los capítulos siguientes recorre caminos más o menos trillados: los gobiernos radicales, la restauración conservadora, el gobierno de Perón, poco expresan en torno a la dinámica histórica que se procura reconstruir. El referente a la "restauración conservadora" ubicaría a los años treinta en un registro historiográfico asociado a la visión oscura y a menudo simplificadora de una "década infame". No es esa sin embargo la línea argumental predominante.

te. Romero rescata en su síntesis los elementos innovadores que permiten leer esos años como una etapa de apertura de opciones de futuro más que como ciega reimplantación de los poderes del pasado.

El título de los dos siguientes capítulos abre la perspectiva sociopolítica de procesos de mediano plazo, aunque la referencia al "empate" privilegie un enfoque analítico y la alternativa "dependencia o liberación" recupere una de las encrucijadas históricas del debate político. A continuación el capítulo referido al "proceso", y luego un título por demás sugerente en la obra de quien se reconoce preocupado por los dilemas del presente: "El impulso y su freno. 1983-1993".

Podría decirse a este respecto que la periodización incorporada por Romero es excesivamente dependiente de la producción de base sobre la que organiza su obra, con predominio de estudios históricos hasta mediados de siglo, luego fuertemente influenciada por trabajos de corte sociológico o sociopolítico. Por otra parte, la bibliografía que el libro incorpora es también un aporte importante al conocimiento del período. El autor reconoce que, como toda selección, está orientada por una valoración de interés o pertinencia. Además de ese criterio, el listado refleja una cuidadosa búsqueda de lo producido y una pauta de incorporación pluralista, en condiciones de incorporar diferentes enfoques y disciplinas abocadas al estudio de la sociedad argentina del siglo XX.

A partir de esa reconstrucción, cada uno de los lectores de la obra confrontará seguramente las opciones del autor con las propias. Una alternativa posible —presento una opinión en materia decididamente opinable— podría haber sido otorgar mayor presencia a los procesos de mediano plazo, caracterizados en función de "estilo de desarrollo" o "régimen social de acumulación". Romero reconoce en los años treinta la presencia de "un mundo distinto, que requería de una política económica nueva e imaginativa". No recupera sin embargo esa misma posibilidad en la encrucijada de los ochenta, no la incorpora como dato al análisis del "impulso y su freno", no especula en torno a la compleja articulación de lo económico y lo político cuando ambos niveles se encuentran en proceso de reformulación. Es en este tipo de problemas donde la perspectiva multidisciplinaria es enriquecedora, tal vez no para la historia, pero sí para el historiador preocupado por el presente.

SUSANA BELMARTINO  
Facultad de Humanidades y Artes  
Universidad Nacional de Rosario

Mariano Plotkin, MAÑANA ES SAN PERÓN. PROPAGANDA, RITUALES POLÍTICOS Y EDUCACIÓN EN EL RÉGIMEN PERONISTA (1946-1955), Buenos Aires, Ariel, 1994, 338 páginas.

Desde hace más de treinta años, los trabajos académicos sobre el peronismo han examinado con preferencia las relaciones entre Perón y los trabajadores o el "pueblo" en general; también, la compleja articulación entre el Estado y la clase obrera, su política en relación con el crecimiento industrial, el pleno empleo y la redistribución de ingresos, y en general los problemas vinculados con el nacionalismo popular, vistos desde la perspectiva de la liberación nacional

o de la marcha al socialismo. Las cuestiones relativas al funcionamiento mismo del Estado peronista, y sus prácticas tan apartadas de la tradición liberal, presentes en autores clásicos como Gino Germani o José Luis Romero —que los examinaron a la luz de la experiencia fascista— solo aparecen por excepción, como en el revelador estudio que Alberto Ciria dedicó al Partido Peronista, su organización y su “doctrina”.<sup>1</sup> Por ese camino avanza Plotkin en este estudio que trata de instituciones, prácticas e imaginarios construidos desde el Estado durante el primer gobierno peronista.

El marco del estudio es la construcción de un “nuevo consenso”, en remplazo del derrumbado “consenso liberal”, en un contexto que Tulio Halperin definió como de fuerte polarización política. Esa construcción se caracterizó por el pragmatismo programático, la preocupación por instituir en el pueblo la unidad de doctrina, y el estímulo y control de una movilización política que habría de servir para legitimar el régimen y a la vez para mantener a raya a sus adversarios.

Plotkin examina varios de los campos donde se realiza esa construcción. En primer lugar, las grandes celebraciones peronistas: el 1° de Mayo y el 17 de Octubre, y su progresiva resignificación. En el caso del 1° de Mayo, se completa su festivalización, iniciada tres décadas atrás,<sup>2</sup> y se la convierte en la celebración de la relación entre los trabajadores y el líder providente. En el del 17 de Octubre, la movilización popular espontánea es remplazada por la gesta heroica del líder y de su esposa, que notoriamente estuvo ausente del evento. En ambos casos, hay una fuerte institucionalización de las prácticas celebratorias: las fiestas terminan convirtiéndose en verdaderos espectáculos programados, utilizados para la legitimación plebiscitaria del régimen y para la constitución —en ese momento privilegiado para la recepción— del imaginario peronista.

El mismo avance gradual hacia la “peronización” de la sociedad es observado por Plotkin en otros campos. En la educación primaria, a una primera etapa de consolidación de las tendencias católicas y nacionalistas —en la pintoresca versión del ministro Ivanissevich— sigue otra en la que los establecimientos educativos son convertidos en unidades de adoctrinamiento, un cambio que Plotkin rastrea en los libros de lectura. De la poco conocida Fundación Eva Perón ofrece un estudio novedoso: su organización, financiamiento y administración, los lugares que ocupa y las instituciones a las que remplaza, y también una referencia más sumaria a sus prácticas, en relación con los “humildes”, el vasto sector de los desposeídos que se vinculaban al estado a través de la figura de Evita. Sobre el Partido Peronista Femenino,<sup>3</sup> subraya el carácter más social que político de la movilización de las mujeres. Respecto de los niños y su “peronización”, estudia otros temas novedosos: los Campeonatos Infantiles Evita y la revista *Mundo Infantil*. En todos los casos, encuentra Plotkin un intento de conformar un “consenso pasivo”, fundado menos en una identificación política que en la práctica y uso por parte de la sociedad de los diferentes canales creados por el Estado peronista.

<sup>1</sup> Alberto Ciria, *Política y cultura popular: la Argentina peronista (1946-1955)*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1983.

<sup>2</sup> Anibal Viguera, “El primero de Mayo en Buenos Aires, 1890-1950: evolución y usos de una tradición”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, 3ª serie, 3, 1º semestre de 1991.

<sup>3</sup> Plotkin se basa en el estudio de Susana Bianchi y Norma Sanchis, *El Partido Peronista Femenino*, Buenos Aires, CEAL, 1986.

Lo más novedoso que aporta Plotkin a los trabajos que se han ocupado de las ideologías y discursos del peronismo es su examen de las instituciones en las que imágenes e ideas se conforman y transmiten. Instituciones como la Fundación Eva Perón sirvieron para movilizar y a la vez encuadrar vastos sectores de la sociedad, asegurando para el régimen un apoyo adicional, complementario y hasta alternativo al brindado originalmente por los sindicatos; a la vez, contribuyeron a instalar en el imaginario peronista la figura del Estado providente, encarnado en Evita y el propio Perón. Plotkin reúne abundante información sobre estas instituciones, hasta ahora escasamente investigadas. Las evidencias que aporta sobre la magnitud y formas de esa movilización no son muchas, pero en cambio es profundo el examen de los mecanismos de gradual conformación del imaginario peronista. Al respecto, es revelador su análisis de las concentraciones peronistas y su dimensión festival y litúrgica, la manipulación y la ritualización. Para Plotkin el 17 de octubre, que originariamente había pertenecido a los "rituales de inversión" de la sociedad —poner arriba lo que estaba abajo— terminó convirtiéndose en un "ritual de refuerzo", de consolidación y legitimación del Estado, personificado en Perón.

Sobre las ideas que circulan en ese imaginario, insiste en su combinación de modernismo y tradicionalismo, tal como ha sido planteado clásicamente para el nazismo o el fascismo. El peronismo renueva ampliamente los temas de la cultura política popular, pero en muchos casos termina reasumiendo y reafirmando ideas tradicionales, como ocurre con las mujeres —transformadas en ciudadanas pero ubicadas, a la vez, al lado y algo detrás de los hombres—, o con la asistencia social, que en la práctica de Evita termina pareciéndose bastante a la antigua caridad. Para Plotkin, hay a la vez una creciente preocupación por el adoctrinamiento de la sociedad, a la búsqueda de su unidad espiritual, y una debilidad ideológica, manifiesta en la incapacidad para formular alternativas globales y claras, que explican las limitaciones del "consenso" construido por el peronismo. Si el régimen logró un consenso pasivo, por la vía de una participación no comprometida en actividades fuertemente peronizadas, como los deportes, no logró generar una solidaridad activa y consciente, capaz de sustentarlo ante el ataque de sus enemigos.

El tratamiento que hace Plotkin de este mundo de las ideas es menos satisfactorio que su análisis de las instituciones. A menudo se limita a su clasificación, en "tradicionales" o "progresistas". El texto ganaría con una mayor dosis de matices, y sobre todo de relaciones más amplias con las corrientes de ideas que circulan en el mundo y en la Argentina. Aduciendo el pragmatismo de Perón y su escaso interés por cuestiones teóricas, Plotkin excluye cualquier discusión sobre la ubicación del peronismo en contextos ideológicos más amplios, que me parece esencial para entenderlo. El tema del "consenso liberal" y su crisis, interesante como idea, está desarrollado de manera esquemática, superponiendo algunas explicaciones agudas (aunque difícilmente compatibles) de Halperin y Laclau con referencias a nuestro proceso histórico, un poco anticuadas y ampliamente criticadas, como ocurre con sus referencias a la política anterior a 1916, el nacionalismo del Centenario, o en general el pensamiento del revisionismo. Su propuesta de que el fracaso de Perón en la elaboración de un nuevo consenso se debió a la falta de intelectuales capacitados me parece poco sostenible.

Más sensibles son las limitaciones del tratamiento de la formación del imaginario social, o en otras palabras, de los problemas culturales. Si bien Plotkin descarta de entrada la posibilidad de ocuparse de la recepción y procesamiento de los mensajes lanzados por la poderosa maquinaria que describe, es difícil imaginarse que tal problema pueda ser considerado con abstracción del receptor, es decir de los peronistas, o quienes llegaron a serlo. Las cosas que Perón o Evita decían, y que su poderoso sistema de comunicación transmitía, no operaron so-

bre tábulas rasas sino sobre mentes culturalmente conformadas, que tomaron selectivamente y reelaboraron lo que recibían. Tales mentes fueron sin duda tenidas en cuenta por quienes se dirigían a ellas, y su presencia debe estar registrada en el mismo discurso. Los mecanismos de transmisión fueron probablemente mucho más complicados que lo que insinúa Plotkin: la educación es algo más que libros de texto (aún sabiendo cuán importantes son estos), y todo el sistema educativo ha demostrado a lo largo de más de un siglo una extraordinaria capacidad para refractar lo que se quería decir a través de él. Sobre todo, creo que es importante no separar los discursos del poder —que en el caso de Perón, cuando son leídos, pueden parecer tradicionales o conformistas— de las prácticas sociales en los que encarnan y que quizá por tomar demasiado al pie de la letra aquellos discursos, y creer que la justicia social, el Estado providente y el capitalismo racional eran posibles, resultaron terriblemente disruptivas e intolerables.

Para Plotkin, el proyecto del consenso pasivo terminó en un fracaso, y lo sucedido a partir de setiembre de 1955 parece abonar su aserto. Pero me da la impresión de que el autor mide éxitos y fracasos en función de lo que él mismo cree que debió ser o pudo haber sido un proceso normal, y esta no es la única medida posible. Al fin de cuentas, Perón cimentó un orden faccioso, eficaz durante diez años, en una doctrina flexible y envolvente, débil como teoría escolástica pero formidablemente eficaz como discurso político. Por lograr cualquiera de esas cosas, muchos políticos darían con gusto años de su vida. La presencia dominante de Perón en la política argentina durante treinta años, la profunda peronización del imaginario de nuestra sociedad, y hasta los réditos que aún hoy sigue dando, parecerían indicar que el balance es más complejo que meramente el del fracaso.

Objeciones aparte —más bien ideas para seguir discutiendo un tema inagotable— Plotkin no sólo ha descripto y analizado con precisión cosas que no conocíamos sino que ha hecho una pintura certera de un estado autoritario plebiscitario en operaciones. Es posible descubrir aquí la fundación, o en ocasiones la refundación, de buena parte de nuestra política autoritaria. En esto reside su mayor mérito.

LUIS ALBERTO ROMERO

Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"—PEHESA

Celia Szusterman, *FRONDIZI AND THE POLITICS OF DEVELOPMENTALISM IN ARGENTINA, 1955-1962*, Londres, Macmillan, 1993.

El "desarrollismo" irrumpió en la vida política argentina después de la caída de Perón y estuvo en el poder entre 1958 y 1962, constituyendo quizás el experimento político más fascinante y complejo de las últimas décadas en el país. Encabezado por Arturo Frondizi, a quien se llegó a considerar el presidente más brillante de la Argentina en este siglo, este gobierno estuvo jalonado por indiscutibles realizaciones de índole económica. Sin embargo, sus errores políticos culminaron con su traumático y recordado derrocamiento.

Este libro examina la trayectoria de este movimiento tan singular entre sus orígenes y el golpe militar de marzo de 1962 que lo expulsó del poder. Sus tres primeros capítulos analizan las circunstancias que rodearon su surgimiento, poniendo énfasis en la crisis interna de la Unión Cívica Radical, una de las vertientes principales de donde provenían muchos "desarro-



listas". Los capítulos IV y V tratan la evolución ideológica y la implementación del programa económico del "desarrollismo". En tres capítulos posteriores la autora estudia las relaciones de Frondizi con los partidos políticos y los condicionamientos que le impidieron alcanzar dos de sus objetivos, la legalidad y la paz social. El capítulo final trata las elecciones de Marzo de 1962 y la caída de Frondizi, tras los cuales el "desarrollismo" quedó muy desacreditado y en pocos años pasó a ser una fuerza política minoritaria en el país.

La obra es la historia integral más acabada de un fenómeno político cuyo fracaso dio lugar a muchos conflictos posteriores en la Argentina. Se basa en documentación del Departamento de Estado y el Foreign Office británico, en las principales publicaciones periódicas de la época, en diarios y semanarios "desarrollistas" que en algunos casos son difíciles de hallar, en entrevistas con protagonistas y testigos clave de los acontecimientos y mucha bibliografía secundaria relevante. De entrada, sin embargo, sorprende que la autora no haya consultado documentos perfectamente accesibles del archivo de Frondizi, del Banco de Inglaterra referidos a la Argentina, y algunas obras generales de referencia muy útiles como las de Wynia (1978) y Sikkink (1991).

En efecto, el archivo Frondizi conserva una vasta documentación bastante bien catalogada que hace unos cuantos años está a disposición de los investigadores. En el archivo del Banco se conservan minuciosas y reveladoras minutas de sus funcionarios sobre los aciertos y errores políticos y de política económica del "desarrollismo". Pese al tiempo transcurrido desde su publicación, la obra de Wynia sobre la política económica argentina del período 1946-1973 sigue estando vigente. En tanto, la de Sikkink aporta una novedosa perspectiva comparada sobre el "desarrollismo" en la Argentina y Brasil, así como información empírica e interpretaciones convincentes sobre las causas del fracaso del caso argentino que la autora podría haber corroborado o debatido.

En los capítulos referidos a la etapa formativa del "desarrollismo" hay aciertos y significativas omisiones analíticas y bibliográficas. Sobre los primeros cabe señalar su convincente conclusión de que la Revolución Libertadora no significó una restauración liberal, que el pacto Perón-Frondizi ejemplificó las dudosas tácticas que contribuyeron al colapso del gobierno "desarrollista", y su análisis de los problemas que impidieron la total normalización de las relaciones argentino-norteamericanas. Por otra parte, Szusterman atribuye la ausencia de una política de desestatización y desregulación totales de la economía durante el período 1957-1958 al carácter provisional del gobierno de Aramburu. De ese modo ignora el hecho de que los conflictos entre funcionarios "liberales" e "intervencionistas" en el seno de dicho gobierno y el rechazo casi generalizado de la población también impidieron la adopción de tales medidas. A su vez, el análisis de la situación del radicalismo y el peronismo durante estos años podría haber generado profundidad consultando los valiosos trabajos de Gallo (1983), James (1988) y Gillespie (1989).

El capítulo sobre la evolución ideológica del "desarrollismo" es uno de los mejores, sobre todo porque ahonda en la controvertida personalidad, formación intelectual y el accionar político de Rogelio Frigerio. Una sección muy interesante del referido a la política económica "desarrollista" trata el funcionamiento de la Secretaría de Relaciones Socioeconómicas de la Presidencia que estuvo a cargo de Frigerio, subrayando acertadamente sus cuestionables procedimientos y que sus logros no fueron tan espectaculares. Sin embargo, este análisis de la política económica pasa por alto la gestión de Roberto T. Alemann en la cartera de Economía en 1961-1962, durante la cual trató de reducir el gasto público, redefinir el papel del Estado en la economía nacional, y asegurar el financiamiento del modelo "desarrollista" mejorando las re-

laciones de la Argentina con la banca privada internacional, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Además, pese a que los documentos del Foreign Office y el Banco de Inglaterra sugieren lo contrario, afirma que los "desarrollistas" se aseguraron la buena voluntad de los inversores extranjeros, de sus gobiernos, y los organismos financieros internacionales. (p. 130)

En el capítulo referido a las relaciones de Frondizi con los demás partidos se analiza muy bien el ascenso e influencia del "integracionismo" en el gobierno de Frondizi. Sin embargo, no se tratan debidamente los vitales lazos con la Unión Cívica Radical del Pueblo y los partidos neoperonistas organizados por algunos dirigentes peronistas locales para mantener vivas las banderas partidarias y ganar cierta participación y legitimidad política durante el exilio de Perón. Con relación a los vínculos con el neoperonismo, cabe señalar que fueron un componente principal de la política "integracionista" del desarrollismo".

El marco externo, sobre todo la relación con diversos actores sociales, también condicionó los planes de Frondizi. Por eso la autora le dedica el capítulo VIII, poniendo énfasis en los lazos del "desarrollismo" con los intelectuales, los empresarios, el movimiento obrero y las Fuerzas Armadas. Sin embargo, por momentos su análisis es bastante incompleto. En el caso de los intelectuales, examina muy bien el grupo que editó *Contorno* en los años cincuenta. Empero, deja de lado a Jauretche, Scalabrini Ortíz y a la "Izquierda Nacional", quienes vieron en el "desarrollismo" una alternativa nacional válida y luego se desilusionaron, y no parece haber captado el fermento intelectual de aquellos años que analizaran Galasso (1986) y Terán (1991).

El análisis de la relación con los empresarios es demasiado escueto. Podría haber ampliado su tratamiento de los vínculos con la Sociedad Rural Argentina, que lideró la oposición del sector agropecuario al programa "desarrollista" inicial, cuando menos en base a las importantes obras de Cúneo (1967) y Palomino (1988). Queda pendiente el análisis de las causas de la falta de apoyo de la Unión Industrial Argentina (UIA) al genuino desarrollo industrial que proponía el "desarrollismo", en las cuales incursionaron Schvarzer (1991) y Sikkink. Por último, tampoco aclara las diferencias entre la UIA y la Confederación General Económica (CGE), otra asociación de empresarios industriales que tuvo lazos más fluidos con los "desarrollistas". Con respecto a los vínculos de Frondizi con las Fuerzas Armadas, presta especial atención al problema planteado por la revolución cubana como factor detonante en dicha relación y concluye que éste no recibió el gobierno tan condicionado como siempre se dijo y que su fracaso se debió a errores personales que podía haber evitado.

El último capítulo del libro examina las elecciones de marzo de 1962 y el derrocamiento de Frondizi. Allí la autora ve correctamente una gran dosis de oportunismo político en la decisión de legalizar la participación del peronismo para dichos comicios.

En el Epílogo hay aciertos interpretativos destacables. Por un lado la autora subraya que con sus procedimientos Frondizi y Frigerio abandonaron las reglas mínimas del juego político y contribuyeron a la inestabilidad política posterior a 1955. También atribuye a los "desarrollistas" la responsabilidad de haber desacreditado el sistema político-institucional a tal punto que las nuevas generaciones no creyeron que valía la pena defenderlo y abrazaron la violencia política. Unido a ello, sin embargo, hay importantes omisiones que creemos necesario señalar. Sólo se mencionan al pasar dos hechos salientes en el futuro comportamiento político de los "desarrollistas", su decisivo apoyo al General Onganía y la frustrada "Revolución Argentina" y su posterior incorporación a las coaliciones electorales lideradas por el peronismo. Por último la autora ni siquiera menciona la grave crisis económica de 1962-1963 que se de-

sató luego del derrocamiento de Frondizi ni el período clave de autocrítica de los años 1963-1966, cuando muchos "desarrollistas" escribieron obras en las cuales trataron de reivindicar la experiencia que habían vivido.

Pese a estas observaciones, esta obra es importante, entre otros motivos porque aborda una temática acerca de la cual todavía queda mucho por investigar. Sin embargo, queda la sensación de que hubiese mejorado sustancialmente con un poco más de trabajo de investigación y una cuidadosa revisión final.

RAÚL GARCÍA HERAS  
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas  
Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires

### Referencias

- Dardo Cúneo, *Comportamiento y crisis de la clase empresaria* (Buenos Aires, Editorial Pleamar, 1967).
- Norberto Galasso, *J. J. Fernández Arregui: Del peronismo al socialismo* (Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1986).
- Ricardo Gallo, *Balbín, Frondizi y la división del radicalismo, 1956-1958* (Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1983).
- Richard Gillespie, *J. W. Cook. El peronismo alternativo* (Buenos Aires, Cántaro Editores, 1989).
- Daniel James, *Resistance and Integration. Peronism and the Argentine Working Class, 1946-1976* (Cambridge University Press, 1988).
- Mirta L. de Palomino, *Tradición y poder: La Sociedad Rural Argentina, 1955-1983* (Buenos Aires, CISEA/Grupo Editor Latinoamericano, 1988).
- Jorge Schvarzer, *Empresarios del pasado. La Unión Industrial Argentina* (Buenos Aires, CISEA/Imago Mundi, 1991).
- Kathryn Sikkink, *Ideas and Institutions. Developmentalism in Brazil and Argentina* (Ithaca, Cornell University Press, 1991, Cornell Studies in Political Economy).
- Oscar Terán, *Nuestros años sesentas* (Buenos Aires, Puntosur, 1991).



## CORRESPONDENCIA

UNA RESPUESTA DE RICARDO SIDICARO

Siete errores graves del comentario de L. de Privitellio sobre mi libro LA POLÍTICA MIRADA DESDE ARRIBA. LAS IDEAS DEL DIARIO *LA NACIÓN*, 1909-1989; Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1993.

Luciano de Privitellio (PEHESA, Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani") publicó en el N° 9, tercera serie, correspondiente al 1er. semestre de 1994 del *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"* de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires un comentario bibliográfico sobre mi libro "La política mirada desde arriba". Las ideas del diario *La Nación*, 1909-1989 (Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1993) que encierra una serie de errores graves. En la nota se omite decir que se trata de un libro que es el resultado de una investigación sociológica, se subsume el texto dentro de un campo difuso de estudios sobre la prensa y se le busca hacer luego críticas como si fuera un trabajo de historia. Quien lea ese singular comentario sin conocer el libro o haber consultado apenas su contratapa quedará, estoy seguro, con una idea muy tergiversada sobre la obra. En estas breves reflexiones que desarrollaré a continuación me propongo abordar siete graves errores que contiene dicho comentario, lo que supone referirme a todo lo que en el mismo se afirma sobre mi libro.

*Primer error grave:* El comentario dice: "La hipótesis central del trabajo es que *La Nación* asume el rol de explicar la realidad y proponer comportamientos a una clase que a medida que avanzan los años, y en virtud de sucesivas crisis, pierde su posición dirigente en la sociedad, para convertirse en una clase dominante que a su vez se quiebra en múltiples grupos de interés a los que denomina "categorías" dominantes. Conforme va produciéndose esta atomización, *La Nación* intenta homogeneizar y difundir visiones y actitudes que resulten compatibles con una matriz ideológica que el autor denomina "liberal-conservadora". Esto se refuerza por la ausencia de un "partido político, club intelectual o círculo de reflexión" que asuma dicha función." (Privitellio, p. 123)

La hipótesis formulada por Privitellio no corresponde a mi investigación y es una mera simplificación de la articulación conceptual mucho más compleja que propongo en la introducción del libro para presentar las relaciones que serán mi objeto de análisis. Allí digo respecto a las ideas editoriales del diario: "...la coincidencia entre los puntos de vista de determinados sectores y los del diario, o aun el modo de autodefinirse por su proximidad a ellos no permite, como se verá en el desarrollo del análisis de las ocho décadas, caracterizar a *La Nación* como instrumento ideológico de dichos sectores. Ese tipo de reduccionismo, tan frecuente en visiones simplificadoras de los procesos políticos, ignora la autonomía propia

que, en tanto aparatos específicos, poseen los medios de construcción y difusión de ideologías. Es imposible imaginar cómo se habría desempeñado *La Nación* si en el curso del período estudiado hubiese existido una clase dirigente compacta y homogénea, capaz de proponer una política coherente para el país. Seguramente habría sido uno de sus voceros periodísticos. Pero tal actor brilló por su ausencia durante muchos años. Así, aun cuando el diario pudo estar más próximo a unos intereses que a otros, la compleja trama de los sectores dominantes carentes de unidad aumentó su grado de autonomía con respecto a ellos. Por momentos, el diario fue el defensor de un orden social cuyos actores principales se revelaban incompetentes para llevar adelante iniciativas colectivas de carácter más global que las puntuales reivindicaciones corporativas. Frente a esos discursos sectoriales, el elaborado por los editoriales apuntó a un nivel de amplitud y a una vocación comprensiva mucho mayor. Sin embargo, en una escena política corporativizada, sus posiciones, en otros momentos, se hicieron eco de la imposibilidad de generalizar propuestas." (R. Sidicaro, p. 11)

Este enunciado que encierra varias hipótesis se encontró en el punto de partida de mi investigación y se complementó con otro correspondiente al campo periodístico y al lugar que en el mismo desempeñaría *La Nación*:

"El matutino, al identificarse con los puntos de vista de determinados intereses sociales, no los transmite con el mismo modo de razonar empleado por los sectores directamente concernidos, sino que, en virtud de su posición en el campo de la prensa, los expresa con un estilo que le es propio. Agreguemos a esto que el Estado tiene capacidad para actuar sobre la libertad de prensa, de imponer límites directos o indirectos a lo que se dice y a cómo se dice. Dado el accidentado desarrollo político de las ocho décadas estudiadas, es claro que en muchos momentos de intolerancia oficial los responsables del matutino debieron optar entre preservar la *tribuna* o ser totalmente fieles a la *doctrina*." (R. Sidicaro, p. 12)

En el desarrollo de la investigación determiné los distintos actores a los cuales el diario dirigió su mensaje y que fueron cambiando junto con el proceso político argentino. Eso se expresa en la conclusión con los siguientes términos:

"Los destinatarios principales de la prédica editorial de *La Nación* fueron quienes estaban estratégicamente ubicados en las estructuras de poder social, político o económico. No necesariamente esos sujetos ocupaban posiciones en las cumbres, pero tenían, o se suponía que así era, capacidad de intervención en los procesos de toma de decisiones. A ellos el diario les explicaba cuál era la mejor manera de plantear y resolver los problemas del país. Esos interlocutores, según los momentos, podían encontrarse en la conducción del Estado, de los partidos políticos de oposición, en altos cargos de las fuerzas armadas, en la conducción de entidades corporativas empresarias o sindicales, en la dirección de instituciones culturales o en otros ámbitos que de manera directa o indirecta incidían sobre el desarrollo de la vida social y política." (R. Sidicaro, pp. 524-25)

La hipótesis que me adjudica Privitellio supone una naturalización del concepto de *clase* que no forma parte de las teorías que guían mi investigación. No me refiero de ningún modo a una *clase* que se va transformando, sino que uso los conceptos tourenianos de *clase dirigente* y de *clase dominante* para caracterizar estilos de relaciones sociales y de comportamientos, a los que agregó, inspirado parcialmente en una contribución de Raymond Aron, el de *categorías dominantes*. No hay, pues, *clase* como interpreta el comentarista y existe una diversidad de esferas de prácticas sociales directamente vinculadas a las disímiles crisis de la sociedad argentina y del Estado, frente a las cuales el diario se posicionó editorialmente. La hipótesis que equivocadamente se me adjudica conduciría a una especie de diálogo del matutino con un actor *clase* naturalizado (y con sus transformaciones) que implica un achatamiento de la proble-

mática que es justamente del que tomo distancia y caracterizo como reduccionista en el enunciado antes citado.

*Segundo error grave:* Privitellio señala que en el análisis del pensamiento de *La Nación* distingo la etapa 1909-1943 en la que el diario sabe o cree saber cómo se decodifica la situación sociopolítica y en consecuencia propone orientaciones y hace evaluaciones manifestando un alto grado de certidumbre en sus posiciones y que esa actitud cambió luego de la instauración del gobierno militar del golpe del 4 de junio, dando lugar desde allí en adelante a una actitud política e intelectualmente signada por el desconcierto. Dejemos de lado que en mi estudio muestro como la transición entre la certeza y el desconcierto fue menos abrupta que como se sugiere en la reseña comentada y pasemos a una crítica que me formula en abierta contradicción con la estructura de la investigación y la naturaleza de las etapas que allí se nombran. Afirma Privitellio: "Esta exposición de lo que dicen los editoriales es un logro del trabajo, aunque cabe mencionar el evidente desbalance entre la mirada rápida y algo superficial del período que culmina con el primer peronismo y la mayor atención puesta a partir de ese momento" (Privitellio, p. 123). Más allá que en términos cuantitativos el libro abarca la misma cantidad de páginas para el ciclo 1909-1955 y para el abierto desde la caída del primer peronismo hasta 1989, la observación parece realizarse ignorando que previamente el mismo comentarista indicó la disímil característica de las etapas analizadas. En la época en que *La Nación* mantenía sus sólidas certezas su perspectiva era más homogénea y compacta que en la iniciada luego de perder su visión segura y consistente de la situación. En consecuencia, una investigación que analiza su pensamiento político puede, para ese primer período, presentar la orientación del diario remitiendo a menos acontecimientos pero sin perder la línea directriz de sus ideas. Como se muestra en el texto, los años 1943-1955 fueron peligrosos para la libre expresión de las posiciones del matutino y esto llevó a que redujera notablemente el alcance de sus reflexiones y los temas que entraban en su agenda editorial. Después del primer peronismo la incertidumbre impulsó la imaginación, los temores y la búsqueda de opciones de los editorialistas, todo esto en un contexto que, por cierto, se hizo complicado e inesperado. El seguimiento del pensamiento de *La Nación* que realizo en mi obra refleja las peripecias de sus ideas en épocas muy distintas y en todos los casos propongo las explicaciones sociológicas que resultan pertinentes para hacer inteligibles las condiciones de su producción. Grave error, entonces, es descubrir un "desbalance" (el término lo emplea Privitellio) entre la exposición de las distintas etapas de la reflexión cuando en mi investigación no hago sino mostrar las características de esas desiguales maneras de pensar y de las situaciones objetivas que sobre ellas operaron.

*Tercer error grave:* El comentarista sostiene que mi trabajo va más allá de la explicación del pensamiento editorial del matutino "y complejiza su análisis al añadir interrogantes sobre el rol de *La Nación* ... como actor de la escena política y del campo periodístico. En rigor, los razonamientos y conclusiones del trabajo (fácilmente reconocibles al final de cada capítulo por el uso de cursiva) no corresponden a aquellos habituales en el estudio de un "tratado de política" y el lector encuentra más bien una serie de hipótesis sobre la historia argentina del período. La propuesta de describir una "mirada desde arriba" se transforma en un ambicioso intento de explicar un proceso en el cual *La Nación* es un actor más. Este deslizamiento invalida en parte las premisas originales" (Privitellio, pp. 123-24)

Leer el pensamiento editorial de *La Nación* desde una perspectiva científica que combina conceptualizaciones de sociología del conocimiento y de sociología política, supone "complejizar el análisis" del modo que sorprende a Privitellio y formular, por lo tanto, razonamientos y conclusiones de un género que necesariamente no es el mismo que el de los habituales "tra-

tados de política". ¡Albricias!, esa era la meta anunciada en la introducción del libro y no invalida ninguna de las premisas iniciales de la investigación. Con "letra cursiva" se plantean efectivamente, desde la perspectiva de la tradición de la sociología clásica y contemporánea que estimo más adecuada para el caso, ambiciosos intentos de explicar las características centrales del proceso político argentino de este siglo. Obviamente para la sociología, que se funda en la premisa básica de que no hay actores sino relaciones entre actores, *La Nación* "es un actor más". Esta toma de posición teórico-metodológica no le provoca malestar a los historiadores modernos, pero, en cambio, confunde a quienes naturalizan o cosifican como entidades separadas a sus objetos de análisis mal contruidos. *La Nación*, como surge de la investigación y como sucede con cualquier actor de un sistema de relaciones fue "un *productor producido*, cuyo pensamiento reflejó los avatares de una realidad que contribuía a instituir y, por esa vía, se instituía a sí mismo". (R. Sidicaro, p. 521). Este tercer grave error revela una lectura que le hace a mi investigación objeciones que están respondidas con claridad, sociológica, es cierto, en el punto de partida teórico-metodológico de su elaboración.

*Cuarto error grave:* Privitellio sostiene que "no aparecen en la narración las consecuencias políticas de la presencia del actor que es objeto del estudio. A una historia tradicional de la Argentina se yuxtapone un muestreo de las posiciones que toma *La Nación* ante cada acontecimiento, pero ambas dinámicas apenas se cruzan y el relato político apenas se ve modificado por la presencia del matutino" (Privitellio, p. 124) Mi investigación se centró en el pensamiento editorial del diario en temas políticos y en ningún momento me propuse indagar acerca de los efectos de sus ideas sobre la realidad que analizaba, por la sencilla razón que tal tarea es científicamente imposible de realizar de manera sistemática. En la historia mundial del periodismo han existido casos de diarios que organizaron acontecimientos políticos. "Mientras otros hablan, el *Journal* actúa" fue el *eslogan* de uno de los periódicos que se publicaban en New York a fines del siglo pasado, propiedad de William R. Hearst, y cuya prédica y distorsión de información fue decisiva, se ha afirmado muchas veces, para crear el clima favorable para la intervención norteamericana en Cuba y la guerra con España. Así como se puede constatar el modo que *La Nación* contribuyó al golpe de Estado de 1930, sería difícil, en cambio, saber en qué medida sus ideas impidieron que ocurriera lo que no ocurrió... Los medios de comunicación y la supuesta influencia de su acción sólo podrían analizarse con otro tipo de enfoque y metodología que el desarrollado en mi investigación. *La Nación* fue, sin duda, un emisor cuya opinión debió ser tenida en cuenta en muchas oportunidades en los procesos de toma de decisión estatales o en las iniciativas de fuerza políticas o corporativas, pero operó formando parte de un conjunto muy amplio de actores y su influencia específica sólo puede ser objeto de especulaciones y, salvo en casos excepcionales, no es posible una constatación empírica seria de los efectos de su intervención. Pero, error más grave que el señalado en esta objeción, es afirmar que "a una historia tradicional de la Argentina se yuxtapone un muestreo de las posiciones que toma *La Nación* ante cada acontecimiento", como se sostiene en el comentario citado más arriba. Es notorio que mi texto no pretende ser una historia de la Argentina, tradicional o innovadora, ése no es mi objetivo y sólo por una profunda confusión de lo que es en nuestros días la noble disciplina de Heródoto podría tomárselo por tal. Por otra parte, las posiciones del diario que presento no surgen de un "muestreo", si se define ese recurso metodológico con el rigor correspondiente, sino que se trata de un seguimiento exhaustivo de todo el universo del texto editorial que apunta a reconstruir el pensamiento desarrollado en el mismo, destacando acontecimientos grandes o menores que resultan paradigmáticos por su significación en la configuración global que integran.

*Quinto error grave:* El comentarista señala el carácter "curioso" del hecho de que las re-



ferencias a la evolución de la empresa editora se incluyan sólo en determinados puntos de la investigación. El pensamiento político del matutino pudo verse influido, esa es mi hipótesis, por los riesgos, amenazas o premios derivados de la acción del Estado que podían afectar su subsistencia o los intereses de la empresa. Mi indagación me llevó a sostener que hubo algunas situaciones de ese tipo y las señalo estableciendo, al igual que para los demás aspectos, imputaciones causales que no cabe presentar como factores únicos sino que forman parte de un conjunto extremadamente complejo. Esta cautela es la que no parece tener Privitellio cuando formula una singular hipótesis sobre el comportamiento del diario *La Prensa* basada, probablemente, en investigaciones suyas o de otros autores que ignoro. que, textualmente, dice así: “es posible que una explicación de la actitud siempre más firme y crítica de *La Prensa* se encuentre no tanto en una posición ideológica, sino en un estilo creado al amparo de la seguridad que ofrece el negocio de los clasificados, perdido luego de la expropiación durante el gobierno peronista”. (Privitellio, p. 124)

Esta hipótesis que relaciona la posición ideológica de *La Prensa* con sus intereses materiales es una particular contribución al reduccionismo materialista colocada exactamente en el polo opuesto del estilo de imputaciones causales que formule en mis análisis. Sería interesante que Privitellio trate de poner su hipótesis a prueba, si bien intuyo que como *La Prensa* conservó sus posiciones “firmes y críticas” en la época posperonista, es decir, una vez perdidos los aludidos avisos, la relación causal propuesta por el comentarista difícilmente podría confirmarse. Claro está que mi observación no debería desalentar esa eventual investigación dado que en el desenvolvimiento de una indagación científica siempre aparecen lo que Robert K. Merton denominaba *serendipity* que abren nuevas e inesperadas vías al conocimiento.

*Sexto error grave:* Privitellio critica la pertinencia del recorte del universo de análisis y dice que “...si es válido tener como objeto el seguimiento de las ideas editoriales de un diario, no lo es en cambio pretender definirlo como actor del escenario político del campo periodístico a partir de ellas. Mediante un recorte que podría ser pertinente para un tipo de interrogante, poco se puede decir de otros que aparecen de modo recurrente en cuanto el texto abandona la descripción y se interna en las explicaciones”. (Privitellio, p. 124)

Hay distintas maneras de estudiar las ideas políticas de un medio de comunicación y en mi investigación se opta por trabajar sobre el *corpus* formado por los 80.000 editoriales publicados entre 1909 y 1989. El diario construye su opinión editorial, como surge del análisis, con una clara intencionalidad política y con la manifiesta voluntad de gravitar en los debates, tiene en cuenta las orientaciones de los demás actores y elabora los cambios de las situaciones y en ese proceso sus ideas se transforman. Ese desempeño es el propio de un actor político, en este caso especializado en tareas ideológicas e intelectuales. En la prédica editorial también se expresa su condición de actor del campo periodístico. Los editoriales de *La Nación* son un elemento de fundamental importancia para definir su identidad con respecto a los otros integrantes de dicho campo y lo que allí se dice refleja de un modo directo en algunos casos, y de manera más difusa en otros, sus relaciones con los demás participantes de ese ámbito. El problema es importante porque la especificidad allí producida se proyecta luego en las ideas del diario respecto a la de las relaciones sociales y políticas.

Remitir a otros artículos y secciones del diario es un complemento que permite contextualizar episódicamente algunas ideas editoriales, mostrar perspectivas distintas expresadas en sus páginas o estrategias de la empresa editora, pero todo está en función del objetivo central del análisis. No era pues la meta estudiar la totalidad de lo expresado por el matutino. Existen, es cierto, estrategias de lectura e interpretación muy libres que suelo denominar de *inducción poética*: un poco de noticias policiales, una descripción de títulos de tapa, una incursión en la

sección carta de lectores, una visión de las páginas dedicadas a la mujer, un cálculo materialista de los espacios publicitarios, etc. El resultado de ese tipo de trabajos puede ser ingenioso y entretenido, pero es absolutamente subjetivo, se halla sesgado por la mirada contemporánea sobre piezas de lectura no controladas sistemáticamente y portadoras de todos los sentidos que quien sobre ellas opera quiere depositar. Privitello reconoce que el tipo de análisis global de un diario presentaría muchas dificultades pero sugiere que podría hacerse "sobre periodos menos extensos". Digamos que, si se piensa en una estrategia de abordaje de inducción poética bien podría tomarse *Figaro*, diario de la mañana publicado en Buenos Aires entre los años 1885 y 1890 o el *Globo*, que apareció entre 1888 y 1889, los periodos serían razonablemente cortos. Por criterios de rigor científico, en mi investigación el *corpus* seleccionado fueron los editoriales, por mi interés por temas de alta relevancia social y política, el diario fue el fundado por Mitre y el período casi todo un siglo, hasta apenas ayer.

*Séptimo error grave:* El comentarista sostiene: "En definitiva, el trabajo de Sidicaro tiene el gran mérito de definir un conjunto de problemas sobre la relación entre periodismo y política, y hacernos conocer mucho sobre la trayectoria de *La Nación*." (Privitello, p. 125)

Quizás la relación entre periodismo y política puede encontrar aportes en mi investigación. Pero es otro grave error del comentarista interpretar que la misma se inscribe y deja, al parecer, sólo interrogantes abiertos en ese campo específico. El estudio de las ideas del diario *La Nación* permite alumbrar zonas oscuras, pero llenas de visiones maniqueas, del desarrollo político argentino. Esa operación que llamé *mirar la política desde arriba* y sobre la que construí explicaciones desde la perspectiva científica de la sociología ofrece, a mi entender, elementos significativos para integrar al estudio de la evolución política de este siglo. Lugar privilegiado para reflexionar día a día sobre la realidad circundante, esas ideas editoriales que recorrieron con sus certezas y desconciertos los sucesos políticos y sociales son una de las expresiones más importantes producidas por actores con capacidad, variable según las épocas, de pesar sobre los procesos de tomas de decisiones. Si la modesta contribución realizada por mi investigación se articula con otras que se ocupen de actores y procesos igualmente relevantes, el conocimiento sobre nuestro país avanzaría considerablemente. Saber, naturalmente, que al provenir de la actividad científica, está destinado a ser superado. En fin, tanto en la conceptualización como la demostración empírica creo que en mi indagación hay aportes que sirven para cuestionar muchas simplificaciones acerca de los sectores sociales a los que el diario se encontró más vinculado y a la ideología de los mismos. La lectura del libro sorprenderá, sin duda, a los partidarios de interpretaciones superficiales de nuestro pasado y de las épocas recientes que combinan definiciones economicistas de las clases sociales con referencias a la noción paretiana de elites pero ignorando la circulación y la renovación de las mismas, aspecto clave de la elaboración del un poco olvidado sociólogo italiano. Desde esa posición las ideas de *La Nación* podrán perfectamente ignorarse. Por el contrario, quienes se interesen en las discusiones científicas sobre las transformaciones del Estado, del sistema de representación política, de las relaciones entre los principales sectores sociales y de la ideología liberalconservadora, encontrarán en mi investigación una contribución realizada desde la sociología política y desde la sociología del conocimiento que, quizás, les resulte útil.

RICARDO SIDICARO

Profesor Titular de la Facultad de Ciencias Sociales  
y de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA,  
Investigador del CONICET, Instituto de Ciencias Sociales, UBA.

## NOTA A LOS AUTORES Y COLABORADORES

Los trabajos con pedido de publicación deben enviarse al Secretario de Redacción del *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, 25 de Mayo 217, 2do. piso, 1002, Capital Federal, Argentina. En ellos, los autores deberán tener en cuenta las siguientes recomendaciones de presentación:

- 1) deberán enviarse tres copias del trabajo para su evaluación por árbitros externos al Comité Editor de la revista;
- 2) el texto deberá ser mecanografiado a doble espacio, en papel tamaño carta, escrito en una sola carilla y con márgenes razonables;
- 3) la extensión de los trabajos no superará en lo posible las 40 carillas, para los de la sección "Notas y Debates" 20, y para las reseñas bibliográficas 5 carillas;
- 4) los manuscritos de autores argentinos y latinoamericanos deberán estar escritos en español;
- 5) los cuadros y gráficos se incluirán en hojas separadas del texto, y en el caso de que se envíen gráficos y mapas, éstos deberán presentarse en su versión final para facilitar su reproducción directa;
- 6) las citas y notas bibliográficas del trabajo se incluirán al final del texto, en hojas separadas y en el orden siguiente:
  - a) nombre y apellido del autor, b) título de la obra subrayado, c) volumen, tomo, etc. (en su versión abreviada, vol., t., etc.), d) lugar de la edición, e) editorial o editor (sólo si fuera necesario), f) fecha o simplemente año de la publicación, y g) número de páginas;
- 7) en el caso de citarse artículos se utilizará el mismo orden indicado en 6, citando entre comillas el título del artículo y subrayando el título de la revista de donde se tomó. En caso de reiterarse la referencia a un libro o artículo, no se indicará las refe-

rencias “ob. cit.”, “*ibid*” u otra abreviatura similar, sino las primeras palabras del título, seguidas de puntos suspensivos;

8) los números van en arábigos y se abreviarán (núm. 2); los volúmenes, en arábigos y se abreviarán (vol. 3); el tomo va desatado y en romanos (tomo x); página se abreviará (p. 8), páginas se abreviará (pp. 8-19);

9) las ciudades y organismos extranjeros que tengan traducción al español, deberán aparecer en esta lengua;

10) las citas no llevarán puntos suspensivos que indiquen omisión de texto al principio y al final; en medio de la cita, la omisión se indicará con signos suspensivos entre corchetes;

11) las expresiones que indican década se escribirán como sigue: la década de 1980; los años ochenta; la década del ochenta. Es el período 1930-1937 y no 1930-37.

BOLETÍN DEL INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA  
Y AMERICANA "DR. EMILIO RAVIGNANI"

**Solicitud de suscripción**

Suscripción por el año.....

Nombre y apellido.....

Domicilio .....

Código y ciudad .....

País.....Teléfono.....

Adjunto cheque\* del Banco.....

Nº.....Por valor de.....

\*a la orden de Facultad de Filosofía y Letras. UBA

-----  
cortar aquí  
-----

Precios de la suscripción para particulares (año 1995, núms. 11 y 12)

Argentina	25 U\$S
América Latina y Estados Unidos	35 U\$S
Resto del mundo	36 U\$S

Precios de la suscripción para instituciones (año 1995, núms. 11 y 12)

Argentina	31 U\$S
América Latina y Estados Unidos	39 U\$S
Resto del mundo	41 U\$S

Los precios incluyen los gastos de envío postal vía aérea.

Toda la correspondencia debe dirigirse a la Secretaría de Redacción del *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, 25 de Mayo 217, 2do. piso, 1002, Capital Federal, República Argentina.

Se terminó de imprimir en el mes de febrero de 1995  
en Imprenta Rosgal, S.A., Mariano Moreno  
2708, Montevideo, Uruguay. Se tiraron  
1 000 ejemplares. Depósito legal  
núm. 294.797

# ENTREPASADOS

REVISTA DE HISTORIA

AÑO IV - NUMERO 6 PRINCIPIOS DE 1994

Domiciliarios y transeúntes en el proceso de formación estatal bonaerense  
(1820-1832)

*Carlos CANSANELO*

Hacia una Antropología de la Producción de la Historia

*Rosana GUBER*

La construcción del consenso en los inicios del sistema político moderno  
argentino: formación y disciplinamiento de la oposición pública (1862-1868)

*Alberto LETTIERI*

¿Quién habla por la ciudad? La política porteña y el affaire CHADE, 1932-1936

*Luciano de PRIVITELLIO*

Ciudadanía, participación política y la formación de la esfera pública en Buenos  
Aires 1850-1880

*Hilda SABATO*

Las virtudes del parricidio en la historiografía. Comentario sobre la mirada de Ema  
Cibotti a la "generación ausente"

*Roy HORA y Javier TRIMBOLI*

Redefinición de las luchas por los límites: un debate posible para las nuevas gene-  
raciones en la Sociología

*Lucas RUBINICH*

Edward Thompson, Historia social y Cultura Política: La formación de la "esfera  
pública" de la clase obrera 1780-1850

*Geoff ELEY*

Halperin en Berkeley. Latinoamérica, historiografía y mundillos académicos.

*Entrevista a Tullio HALPERIN DONGHI por Diego ARMUS y Mauricio TENORIO GRILLO*

Las fuentes orales en la enseñanza de la historia

*Silvia FINOCCIO, Daniel PLOTINSKY y Dora SCHWARZTEIN*

Suscripciones: En Argentina U\$s 24 (dos números). En el exterior vía superficie U\$s 30  
(dos números); vía aérea U\$s 40 (dos números)

Entrepasados recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Juan Suria-  
no, Arévalo 2240, (1425) Capital Federal, Argentina. Tel.: 769-9013

# Desarrollo Económico

## Revista de Ciencias Sociales

**Comité Editorial:** Juan Carlos Torre (Director), Roberto Bouzas, Ricardo Carciofi, Daniel Chudnovsky, Liliana De Riz, José Nun, Hilda Sabato, Gerulio E. Steinbach (Secretario de Redacción)

ISSN 0046-001X

Vol. 34

Octubre-diciembre 1994

Nº 135

DANIEL HEYMANN: Sobre la interpretación de la cuenta corriente.

CARLOS H. ACUÑA Y WILLIAM C. SMITH: Política y "economía milita" en el Cono Sur: Democracia, producción de armamentos y carrera armamentista en Argentina, Brasil y Chile.

CATALINA H. WAINERMAN Y ALEJANDRO GIUSTI: ¿Crecimiento real o aparente? La fuerza de trabajo en la Argentina en la última década.

SCOTT MAINWARING Y MATTHEW S. SHUGART: Juan J. Linz: presidencialismo y democracia. Una revisión crítica.

PATRIZIO BIANCHI: Tecnología y recursos humanos en Europa después de Maastricht: Algunas reflexiones para América Latina.

### COMUNICACIONES

RICARDO D. SALVATORE: Para complicar la historia económica. Reflexiones en torno de la obra de Alberto O. Hirschman.

### CRITICA DE LIBROS

JUAN SAMAJA: Sobre la idea de la matriz de datos (Respuesta al comentario de Denis Baranger).

### RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS / REVISTA DE REVISTAS / PUBLICACIONES RECIBIDAS IV CONCURSO DE ENSAYOS DE CRITICA BIBLIOGRAFICA

*DESARROLLO ECONOMICO - Revista de Ciencias Sociales* es una publicación trimestral editada por el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). Suscripción anual: R. Argentina, \$ 60,00; Países limítrofes, U\$S 68; Resto de América, U\$S 74; Europa, U\$S 76; Asia, Africa y Oceanía, U\$S 80. Ejemplar simple: U\$S 15 (recargos según destino y por envíos vía aérea). Pedidos, correspondencia, etcétera, a:



**Instituto de Desarrollo Económico y Social**  
Aráoz 2688 ♦ 1425 Buenos Aires ♦ Argentina  
Teléfono: 804-4949 ♦ Fax: (541) 804-585



Revista  
**CICLOS**  
*en la historia, la economía y  
la sociedad*

Año IV. Vol. IV N° 7, 2do. semestre de 1994

**SUMARIO**

**La reforma del estado en la Argentina y España**

Dora Orlansky: Crisis y transformación del estado en al Argentina (1960-1993)

Víctor P. Chebez: El mercado de trabajo español: entre el costo social del ajuste y la Europa de Maastricht

Gustavo Blutman: Orden y desorden en la reforma del estado argentino (1989-1992)

**Estudios internacionales**

María Cristina Rosas: El Tratado de Libre Comercio de América del Norte: factores estratégicos

**Historia regional**

Rodolfo Richard J. y Eduardo E. Pérez R.: El proceso de modernización de la bodega mendocina. (1860-1915)

**Historia social**

Ernesto Salas: Cultura popular y conciencia de clase en la resistencia peronista (1956-1958)

**Entrevistas**

Ruggiero Romano

**Notas y comunicaciones**

Cristián Butchrucker: Las formas autoritarias del nacionalismo y el conservadurismo latinoamericano

**Ideas y debates**

Enrique Dussel: Europa, modernidad y eurocentrismo

**Ensayos bibliográficos**

Larry Sawers: Agricultura y estancamiento económico en la Argentina: a propósito de las tesis de Jorge F. Sábato

*Instituto de Investigaciones de Historia Económica y Social* • Tel. 374-3864 •  
Fax: 541-495724 • Av. Córdoba 2122 2° Piso • (1120) Buenos Aires  
Facultad de Ciencias Económicas • Universidad de Buenos Aires

# HISTORIA MEXICANA

VOL. XLIII

ENERO-MARZO, 1994

NÚM 3

171

## ARTÍCULOS

Manuela Cristina García Bernal

*Desarrollos indígena y ganadero en Yucatán*

Dorothy Tanck de Estrada

*Escuelas y cajas de comunidad en Yucatán al final de la colonia*

Luis Alfonso Ramírez Carrillo

*De buhoneros a empresarios: la inmigración libanesa en el Sureste de México*

Carlos Martínez Assad

*Del fin del porfiriato a la Revolución en el sur-sureste de México*

Gilbert M. Joseph y Allen Wells

*Un replanteamiento de la movilización revolucionaria mexicana:  
los tiempos de sublevación en Yucatán, 1909-1915*

**HISTORIA MEXICANA** es una publicación trimestral de El Colegio de México, A.C., Suscripción anual en México: 76 nuevos pesos. En Estados Unidos y Canadá: individuos, 32 dólares; Instituciones, 50. En Centro y Sudamérica: individuos, 26 dólares; instituciones, 34. En otros países: individuos, 42 dólares, instituciones, 60. Si desea suscribirse, favor de enviar a **El Colegio de México, A.C.** Departamento de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Col. Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D.F.

Cheque o giro bancario núm.: \_\_\_\_\_

por la cantidad de: \_\_\_\_\_

a nombre de El Colegio de México, A.C., como importe de mi suscripción por un año a **HISTORIA MEXICANA**.

Nombre: \_\_\_\_\_

Dirección: \_\_\_\_\_

Código postal: \_\_\_\_\_ Ciudad: \_\_\_\_\_

Estado: \_\_\_\_\_ País: \_\_\_\_\_

# ESTUDIOS SOCIALES

Revista Universitaria Semestral

Nº 7 segundo semestre 1994

## ARTÍCULOS

CESAR TCACH: Reforma constitucional y lucha interna en la UCR.  
El Sabatinismo en el ensayo frustrado de 1957.

ALEJANDRO CATTARUZZA: La huellas de un diálogo. Demócratas radicales  
y socialistas en España y Argentina durante el período de entreguerras.

JUAN SURIANO: Vivir y sobrevivir en la gran ciudad. Hábitat popular en la  
ciudad de Buenos Aires a comienzos de siglo.

GUSTAVO CRISAFULLI: Para una historia de la burguesía pampeana.  
Terratenientes y comerciantes en el sur bonaerense a fines del siglo XIX.

TERESA SUAREZ: El discurso del morir. Testamentos de primera mitad del  
siglo XVIII en Santa Fe colonial.

MARIA DE LOS ANGELES YANNUZZI: Populismo y modernización capitalista  
en la Argentina.

BERNAR RIUTORT SERRA: Democracia y praxis en el joven Habermas.

## DOSSIER

ALEJANDRO Y FABIAN HERRERO: Encuesta sobre historia de las ideas.

HUGO E. BIAGINI, HORACIO CERUTTI GULBERG, JOSE C. CHIARAMONTE,  
HEBE CLEMENTI, FERNANDO J. DEVOTO, ARTURO A. ROIG,  
FELIX WEINBERG, GREGORIO WEINBERG, ENRIQUE ZULETA ALVAREZ.

## ENTREVISTA

La nueva democracia. MARIA NELIDA DE JUANO entrevista a  
GIACOMO MARRAMAO

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

EDUARDO HOURCADE; ANGEL J. SCIARA; MARCELA P. FERRARI; DARIO MACOR.

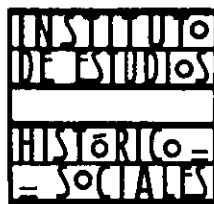
---

**Coeditores:** *Departamento de Extensión Universitaria y Centro de Estudios Histó-  
ricos (Cedehis), de la Universidad Nacional del Litoral; Centro Interdisciplinario de  
Estudios Sociales Argentinos y Latinoamericanos (Ciesal), de la Universidad Nacio-  
nal de Rosario; y Grupo de Estudios de Historia Social (Gehiso), de la Universidad  
Nacional del Comahue.*

**Sede editorial:** 9 de julio 2154, piso 2, Tel. (042) 24482, telefax (042) 21881. Ca-  
silla de Correo 547, (3000) Santa Fe, Argentina.

**Distribución internacional:** *Fernando García Cambeiro, Latin American Books &  
Serials, Box 014, Skyway USA, 2886 N. W. 79 th. Ave, Miami, Florida, 33122, USA.*

# iehs



# anuario

Volumen 9 (1994)

HOMENAJE A CARLOS SEMPAT ASSADOURIAN

Carlos Sempat Assadourian

MERCADOS Y CIRCUITOS MERCANTILES

*Ana Inés Punta — Antonio Ibarra — Juan Carlos Grosso —  
Juan Carlos Garavaglia — Enrique Tandeter*

INDÍGENAS Y FRONTERAS

*Adriana Armando — Ana Teruel*

SOCIEDAD Y POLÍTICA

*Mariano Narodowsky — Juan Manuel Casal — Nicolás  
Iñigo Carrera*

**Suscripciones:** US\$ 25  
**Argentina:** \$ 20

**Canje:** El Anuario del IEHS está muy interesado en el intercambio con publicaciones periódicas y ocasionales

**ANUARIO IEHS**  
UNC  
Pinto 399 - 7000 - Tandil  
ARGENTINA  
(54)293-22000 Fax (54)293-21928 y 29321608